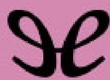
Ella o el sueño de nadie

Mauricio Wacquez



La sonrisa vertical



«El amor, la memoria del amor, son los verdaderos protagonistas de una historia en la cual sus delegados —Julián, Marcio, Reina— son a un tiempo afirmados y negados por la intensidad del deseo, siempre vario y, sin embargo, siempre igual. Pero este triángulo, cuyo vértice no está en verdad en ninguna parte, puesto que la voluntad individual es siempre una farsa y un error, configura la imagen anhelada del andrógino, la criatura angelicalmente obscena que está en el fondo de toda representación del deseo.

Ese **sueño de nadie**, que es en rigor el de todos, es el que elige desvelarse en una historia de factura impecable que se organiza en el momento mismo en que el amor da entrada al tiempo y comienza a interrogarse, a desfallecer, a morir. Sólo a partir de esa vacilación, por ella misma, tienen cabida las palabras, los sucesivos tiempos de la narración, de la vida. Es la traición la que habla, el complemento indispensable de toda historia amorosa. Es el traidor el dueño de las palabras, el que necesita poner un límite a la dispersión insoportable mediante un acto que lo margina para siempre del paraíso.»

(Susana Constante).



Mauricio Wacquez

Ella o el sueño de nadie

La sonrisa vertical - 32

ePub r1.0

orhi 19.11.15

Título original: *El sueño de nadie*
Mauricio Wacquez, 1983
Ilustración en solapa: «Julián, Marcio, Mishia», 1982, tempera especialmente realizada por Ernesto Fontecilla para *Ella o el sueño de nadie* de Mauricio Wacquez

Editor digital: orhi
ePub base r1.2





Para María Pilar y José Donoso

«… un instant encore, regardons
ensemble les rives familières.»

Rosa, ¡oh pura contradicción!
voluptuosidad de no ser el sueño de nadie
bajo tantos párpados.

Rainer Maria Rilke

… *yo soy Vincent Moon. Ahora desprécieme.*

Jorge Luis Borges

Capítulo Primero

Las seis. Seis campanadas reflejadas en un eco remoto —las hiedras y glicinas del murallón de la huerta— rescataron a Julián de su pesadilla. Sudoroso y febril, fijaba estupefacto el muro y el trozo inferior de la ventana, tratando de atrapar las imágenes recientes que sin embargo veía desvanecerse en una incontrolable amnesia, señal del rechazo brutal de la vigilia. Conservó, sí, como un hito amable y persistente el rostro de su madre, exaltado y variable en un espacio de densidades vagas, coloreado mil veces por la luz, hermosísimo en su semejanza y a pesar de todo tan diferente. Se aferró sin destino a una imagen que rápidamente recobraba sus rasgos cotidianos y balbuceó ¡madre!, para experimentar una emoción que en vez de sumirlo de nuevo en aquel mundo olvidado, lleno de amenazas, lo arrojó sin piedad en las sensaciones firmes —luz matinal, ruidos de aseo en el patio central del universo en marcha. No se movió. Un aire fresco e impalpable le evaporaba el sudor de la frente. Aunque bajo las mantas su corazón siguiera conmocionado, afuera todo parecía suceder en el suspendido y sordo equilibrio que precedía al toque de palmas. La luz acentuada, menos agónica que en los días pasados, delataba al sol que seguramente bañaría el costado opuesto del convento, incapaz de penetrar en ese laberinto de zaguanes, patios profundos, en el mundo húmedo y cegado al que daban los dormitorios. Inmóvil y arrebujado, Julián miró la ventana polvorosa y la rejilla exterior casi invisible. Pátinas de humedad recubrían los muros, la cal se había desprendido en enormes recortes geográficos y dejaba ver la carne del adobe. Por la noche, al acostarse, Julián trataba de fijar o vislumbrar en la oscuridad la ubicación exacta de esas brechas, imaginando para ellas otros merecimientos: lagos como espejos en

las montañas, selvas peligrosas y mares abiertos, piratas y culebrinas, princesas cautivas: eso era y definía la aventura. Al mismo tiempo e independientemente, rezaba, despachaba la penitencia de la tarde, repetía las admoniciones contra el demonio, se salvaba. Y antes de que por un proceso convergente e inabordable los dos fenómenos se fundieran en uno, antes de que el demonio apareciera en algún momento de la batalla o en algún sendero de la ciudad perdida, cerraba los ojos con fuerza y se dormía. De allí, entonces, tantos sobresaltos nocturnos, el demonio se vengaba con la disolución de la tierra bajo sus pies, lo castigaba haciéndole contemplar los lugares familiares, dejándolo flotar en la soledad. De donde sólo era arrancado por su madre que obligaba al demonio a huir en medio de una polvareda de azufre. Julián pensó en su casa a pesar de que era jueves y faltaban diez días largos para la salida; pensó en sus perros y en su cuarto. Increíblemente pensó en sus hermanos. Las palmas resonaron entonces en el pasillo, sobresaltándolo, obligándolo a incorporarse de un salto en la cama.

Al poco rato entró el mocho trayéndole los botines lustrados. Julián desde la cama lo vio hurgar en el baúl y prepararle la ropa, resollando, luchando con el asma, enredándose en la sotana chorreada y miserable.

—¿Quiere que lo vista, niño?

Negó con la cabeza y esperó a que saliera. Entonces se paró en la cama, se desabotonó el camisón y lo dejó resbalar por las piernas. Saltó sobre el baúl.

La historia que voy a contarle Sucedió en el corazón de un hombre hace mucho tiempo. Es banal e imaginaria y tiene contactos intermitentes con la fe. Le ruego por lo tanto no adelantar juicios de sabor científico sino entregarse a los pormenores de una lección moral. Usted, como yo[1], somos víctimas de la fantasía, ambos entonces seremos incapaces de juzgar a un hombre demasiado joven para conocer el bien. Sólo la piedad o el asombro están permitidos frente al error. Y errar, más que un defecto, es una extravagancia. Haga cuenta, pues, que al asumir el papel de relator, cargo con esa peculiaridad del alma que llaman culpa y que todo lo que atribuyo a mis personajes me lo puedo imputar a mí mismo. Julián es un

individuo singular pero sólo en la medida en que es personaje y está arropado con las excelencias y flaquezas del héroe. Él es, en general, lo que me hubiera gustado ser: un rostro tan ajustado al mío que haría imposible reconocerlo como máscara.

Quiero insistir en eso de la fe. Pese a su edad y al entorno religioso, Julián pertenece a la categoría de seres para los cuales el mundo tiene una sola mitad: la mitad de la luz, su parte visible. Sin proponérselo, ha desdeñado la trascendencia y las apariciones. Me dirá que en la escena con que he abierto su historia están presentes los irreflexivos temores del infierno. Es cierto. Aunque todavía es pronto para definirlo a través *des idées regues*. A lo largo de un día, que al tiempo es un instante o un siglo, Julián apostará por lo razonable, sabiendo que rechaza y pierde la otra mitad, acaso no mejor que la elegida, que incluye el caprichoso crédito de lo perfecto. En fin, considere que siendo mi relato intemporal, el héroe hace suyas tanto las ideas de exactitud, prudencia y buen sentido del siglo XVIII cuanto las poses de vanagloria y pasión del XIX.

Usted, que debe transcribirlo, a quien he buscado precisamente porque no nos une más que la casualidad de un encuentro y la vista común del océano desde el comedor del Hotel du Palais, me reprochará el hecho de no seguir las pautas consagradas por la tradición, según las cuales el narrador sólo puede dos cosas: o seguir las vicisitudes de la acción y el pensamiento de un héroe, desde dentro (hasta eso llegan a aceptar), o perseguir a varios personajes, cercándolos con un paisaje y con una anécdota salpicada de «dijo», «pensó», «exclamó con ira». Yo haré algo menos ortodoxo: seré la conciencia de todos porque ninguno es lo bastante complejo para ser yo mismo. Aparte Julián, que lo niega todo, existen los otros protagonistas, menos cerebrales e imaginativos pero más ataviados por la pasión. Son, por una parte, los contrapuntos o el relieve del territorio moderado y exangüe de los conventos, por otra, los antagonistas de un alma que muere. Diez años separan a ambos espacios. Y el desenlace irradia una luz moral.

Vestirse constituía para Julián, además de un desafío, una hazaña. La camiseta y la camisa, aparte que los botones no

coincidieran con los ojales y quedaran globos y tiranteces, no ofrecían demasiado problema. Pero el calzoncillo que bajaba mientras con una mano trataba de coger el pantalón, de desenredar los tirantes, de encajar alguna pierna, y con la otra de agarrarse al respaldo del catre, le daba un trabajo del diablo. Cuando lograba que pantalón y calzoncillo formaran un solo cuerpo, bien sujetos a la cintura por la mano empuñada, faltaban las torsiones y acrobacias para recuperar las puntas del suspensor que colgaba detrás y lograr que los extremos, atravesando las cintas del calzoncillo, se fijaran en el lado correcto. Claro, en medio de esta operación se cansaba y dejaba que su vista vagara por el cuarto como si siguiera el vuelo de un insecto. Así, en pleno éxtasis, lo encontraba el mocho, que irrumpía gruñendo salves, profetizando catástrofes e infiernos. El mundo del convento se adentraba por la puerta abierta y Julián se contagiaba con el declive apresurado del tiempo que debía conducirlo a la misa. El mocho terminaba la ablución en un minuto, le daba la toalla, lo conducía al lavatorio. Se quedaba vigilando el aseo somero —interrumpido a veces por pensamientos que detenían sus gestos y lo sacaban bruscamente del convento, llevándolo hacia algún día en que su madre sujetaba una flor o el Chon preparaba las escopetas— para poder zamarrearlo, mirándolo con ojos de loco. El silencio y la indiferencia de Julián, unidos a su sentido de la obediencia, eran la mejor manera de aplacar la furia cercana. Nada lo mortificaba más que recordar el mundo, fuente de tentaciones, soberbias y desmesuras, precisamente en los instantes en que se sentía menos contaminado, preparado para recibir la comunión. Luchaba con todas sus fuerzas por concentrarse en su pureza. Y era difícil. Bastaba un leve olor —del jabón o la toalla— para sentirse invadido por las ensoñaciones habituales que lo paralizaban en medio de los gestos con que pretendía ganar el cielo.

Pero esa mañana Julián tuvo suerte. Cuando su mocho lo vino a buscar, él ya estaba esperándolo junto a la puerta. Lo veo sentado en la punta del banco del corredor, con las desmesuradas piernas estiradas, y ese gesto, común y al mismo tiempo único, que provoca el tedio de los conventos. Y que en los adolescentes conduce a la inadvertencia o al descaro. El mocho lo encontró peinado, con una pizca de lavanda en el pelo y el traje en orden, las mejillas

encendidas. Se dejó llevar por los corredores llenos de madreselvas, oscuros aún pues el sol no había bajado de las torres altas, las manos juntas en el pecho. No fue sino al entrar en la capilla, luego de besarle la mano al superior, que sintió el nudo en la espalda. El suspensor, pensó, quedó torcido.

Capítulo Segundo

La recreación de la memoria está asaltada por los mismos errores que el amor. La irrealidad da cuenta de los recuerdos, los tuerce, los embauca, los condena a alojarse en un país sujeto por hilos impalpables del que a veces se sospecha algo, una casa sin habitaciones, un recodo de jardín, una sonrisa. La casa de Julián estaba en el fondo de un valle; él la recuerda envuelta en una leve neblina, al amanecer, y sin gentes. Sus padres han huido y él, mortificado por la angustia de la soledad, trata de despertar aunque sabe que no sueña, que el tiempo ha pasado y está finalmente frente a una edad irreconocible. El recuerdo del amor, antiguo y deseado, lo paraliza. Ese portento siega su vida en dos, la destruye en sus propias delicias, y los gestos se hacen inabordables, el tiempo se transforma en imaginación y los lugares en sitios baldíos. ¿Cómo llegó aquí? se pregunta, ¿a este momento? Debería colocar al niño que fue frente a ese estado sin fronteras en el que la fábula construida por su colosal fantasía —el amor mismo— se destacara del paisaje que lo rodea. Aquella casa del valle duerme, remota y desfigurada, en su memoria. Constituye el universo abandonado, el país de nunca jamás. Las habitaciones, los rincones, el viento que levanta el polvo y hace ondear por momentos las cortinas, serán distintos. Todos estos años, estos diez años, habrán actuado sobre ellos como la lejía sobre un cuerpo vivo: los habrán reducido al limpio y perdurable esquema de la muerte. Eso es lo que cree a veces: que él no es más que un conjunto de momentos evocados que el amor no podrá rescatar. Mira la cortina de la ventana del carromato y a través de ella el paisaje adormecido del domingo, las colinas esfumadas, algunas aves. Oye los ruidos que los demás hacen en la plaza mientras instalan la carpa. Y vuelve a preguntarse

cómo llegó allí, cómo fue posible que se produjeran, al mismo tiempo, la liberación y el cautiverio. El paisaje familiar ha desaparecido y él, sumergido en un semisueño donde los objetos son indescifrables, siente la zozobra de las bruscas partidas, de los cambios de un sitio a otro, universo veloz del cual no alcanza a distinguir las verdaderas formas. La casa del valle ha desaparecido. Y los perros, los patios, las cocheras. Donde una vez hubo un color, hay ahora un mundo vertiginoso que no se adecúa con los sueños de la infancia. Se siente cansado, encerrado en un espacio exacto, envuelto en un *fumoir* como un anciano. Tiene veintitrés años.

Julián se halla repasando los detalles de su fracaso mientras afuera el circo se despliega por toda la plaza, se arma, alza sus delgados mástiles entre ruidos de carpintería y de poleas. Las jaulas de las fieras están colocadas aún sobre los carros. Todo el mundo se mueve: en un extremo, el grupo de payasos ensaya sus textos, sus palmadas y caídas. Sin sus trajes, parecen borrachos de madrugada. Más allá, sobre una tarima, Reina y Marcio hacen ejercicios en espera de que instalen los trapecios. Vestidos, Marcio con malla negra y Reina blanca, como dos figuras de ajedrez, se mueven tan elásticamente que parecen no tener huesos. Son jóvenes y hermosos, etéreos, alados casi, representan la ficción de la ingravidez con la misma facilidad que las nubes, que las pausadas hojas cayendo. Pero es pura ilusión. Tras la levedad visible está el acero del músculo, la coordinación simétrica de unos movimientos que ellos contabilizan moviendo resueltamente los labios porque ahí, en el ensayo, no necesitan fingir la sonrisa helada de las funciones. Cada paso, salto o acrobacia, está minuciosamente marcado. Reina es la amada mecánica de un Marcio devoto. Ambos asumen sus papeles dócilmente; como autómatas repiten la coreografía en la que, sin embargo, está inscrita la condición que cada cual ostenta en la realidad: ella es la reina del circo y él sólo el soporte de su gloria, el contrapeso de su esplendor. Reina se desenvuelve soberbia y majestuosa mientras Marcio, consciente de su ser, debe apenas remedar una altivez y una majestad derivadas de ella. Nada hay más terrible que el fingimiento de este amor, piensa Marcio, verme implicado dolorosamente en una parodia en la que todos creen pero que yo soporto como un condenado, yo, secretamente unido a otro amor, a un amor que me desprecia. Empero, los movimientos se

realizan fuera e independientemente de este discurso, de esta ahogada reflexión marginal: yo, secretamente unido a otro amor, debo remedar el tono, seguir el compás, explotar dentro de mí antes que manifestar la agonía que vivo. Yo soy el gran pretexto de esta mujer cuyo cálculo nos amarra y domina, haciendo que la libertad sea una ficción terrible. Un, dos, tres, el mundo da vueltas, ella cae en mi mano, la impulso hacia arriba para que gire como una flor sobre mi cabeza. Y Reina entonces gira como las aspas de un molino, primero en un sentido, luego en el otro, ambos saltan en un doble *tour en l'air* y caen juntos, clavados al mismo tiempo sobre la tarima.

Aún puedo verlos, tal como lo veo a usted, tan nítidos como esta playa que llega al Rocher de la Vierge. Dos hombres solos, como nosotros, pareciera que tienen el sino fatal de encontrarse, de reconstruir de algún modo con la conversación el calor de sus familias. Pero en este caso no es así. Yo sé quién es usted. Los diarios lo dicen. Viene todos los años al océano, durante tres meses habita la destartalada y enorme casa de sus padres, para trabajar. Lo he visto paseando por el cementerio. Aunque no me arrepiento de retenerlo y de acaso hacerle perder el tiempo. Son los derechos de la vanidad. La peor cortesía, lo sé, es creer en la importancia de nuestras emociones. Pero me arriesgo. A lo mejor la pequeñez de la historia que le cuento puede darle alguna idea. Nuestro ocio justifica el aburrimiento. La pareja que le describo, Marcio y Reina, no tiene para usted más interés que el que producen las expectativas. Estábamos en aquella tarde de domingo.

—Está bien —dice Reina—, basta por hoy. Después de comer, en los trapecios.

Y sin mirar a Marcio echa a andar hacia la *roulotte* donde desde la mañana, hundido en un sillón, Julián repasa los detalles de su fracaso, trata de reconocerse en los objetos que lo rodean: la corola de la lámpara, la piel de tigre que se escurre desde la cama hasta el suelo como una mancha orgánica, los jarrones y el tapiz hindú, acribillado de espejuelos, su sórdido color mitigado por el polvo de los viajes y por las fotos prendidas en él, encimadas, quebradizas, encarrujadas, las primeras; brillantes y nítidas, minuciosas, las últimas. Son las fotos de Reina. En ellas se adivina siempre el paralelo del trapecio, gobernado por el impulso de una flor que

alcanza a veces el techo de la carpa y en otras se confunde con otras flores desenfocadas y ligeras. En esas fotos están los múltiples trajes, de lentejuelas, de satin, los tutús de ballet, las mallas de los ensayos o el suntuoso vestuario real, empenachado, cubierto por la peligrosa capa, girando en un triple mortal, a punto de ser cogida por las manos crispadas de su pareja, de Marcio que cuelga desde un trapecio vecino. Todas las fotografías se encuadran en la bóveda de la pista, en medio de los mástiles centrales, marco monótono del tiempo perpetuado en una burlesca eternidad que borra las mutaciones de la carne: en esas fotografías no se alcanzan a vislumbrar los rasgos de la infancia, no se sabe si —fuera ya del tiempo mismo de la foto— los personajes son los niños de hace diez años o los jóvenes que ahora han depurado su arte hasta hacerlo coincidir con lo perfecto. Es decir, las fotos son menos vertiginosas que la vida, no sirven para describirla ni para saber, por ejemplo, desde la distancia fría del observador, si son anteriores o posteriores al momento que recoge la fotografía central, la noche de la apoteosis de Reina, rodeada por los elefantes, caballitos, saltimbanquis, payasos, por los magos, domadores, antipodistas y funámbulos, cuando tomó posesión como reina del circo, heredera del Gran Mihail y de una ilusión menos engañosa que la que podría esperarse en esos niveles de la realidad. Los ojos de Julián recorren sin esmero las particularidades de cada foto, reconoce de pronto algún detalle para en seguida volver a perderlo en la generalidad obsesiva del escenario. Al mismo tiempo superpone la realidad que mira a los sueños de ayer, con los que debería coincidir, y ve que no es así, que las fronteras exiguas de este carromato nada tienen que ver con el nimbo que soñó una vez, que la aventura imaginada cuando niño se ha reducido a este entorno asfixiante. Es decir, el héroe principal de esta tragedia se contempla a sí mismo, mira sin ver los extraños ídolos que pueblan las consolas, la *coiffeuse* de Reina, confundiéndose con los potes de maquillaje: son sus talismanes, que protegen contra el mal del ojo, del gesto o la palabra. Al dejarse arrastrar por el amor, Julián también ha asumido la comodidad de esos ídolos: en un momento los dioses de la infancia volvieron a su cielo y no quedó para él más que el consuelo del amor, de su abrazo mortal, del ineludible amor suplantando con sus ídolos y abrazos el estompado recuerdo de

aquella casa en el fondo del valle y de los espectros que la habitan. Estos diez años han recorrido una cronología regular. La aventura ha tocado a su fin.

En la ciudad que abandonaron ayer, ella lo llevó de compras. Juntos como tantas veces, remedaron la impresión de libertad que en otras ocasiones los había poseído al huir por unas horas del hacinamiento del circo. Tomaron el té en el reservado de una confitería, insistiendo ociosamente en las mismas conversaciones, sólo para darse cuenta de que el fastidio es un riesgo acostumbrado del amor. ¿Por qué este reservado?, se preguntó en el momento en que se vio obligado a sonreír de una anécdota graciosa que ella contaba y celebraba, ¿por qué repetir el encierro del carromato y creer que nos basta con la mirada mutua? La escucho, le miro el pelo suelto y pienso en lo que ella es: ella es, ella era, mi gran aventura, los reinos conquistados, la princesa rescatada del fuego o del mar. Cada noche reproduzco la proeza de liberarla, redimiéndola por la pasión. Pero yo, que he renunciado a la seguridad de mi casa, a mis perros, a las tardes azul cobalto que dibujan el cielo del valle, o a la bruma matinal enroscada en los árboles, entrevistos apenas con los ojos íntimos del mal de la tierra, me he quedado fuera, pagando cada noche un rescate más alto, la soledad de la edad adulta, que mi incomprensible timidez reduce —por incongruente— a los límites confusos de la nada.

—¿En qué piensas? —preguntó ella.

—En nada —alcanzó a responder.

Después entraron en una tienda donde ella quiso regalarle los trajes de siempre, esas prendas inútiles que se amontonaban sin uso en los baúles. Quiso comprarle las cajas de pañuelos, los echarpes de seda, los bastones, los sombreros. Pero él se negó. Se quedó mirando un maniquí grotesco, con la cabeza pulida como un huevo, sobre el que se exhibía un *fumoir* idéntico al que siempre usó su padre. Se acercó a él y tocó la cachemira suave y voluptuosa: su tacto le produjo el efecto de una melodía, de un olor. Julián dibuja frente a la chimenea, estirado sobre la alfombra, y sabe que cada casa, caballo o perfil de montaña que aparece en su cuaderno puede ser excusa para levantarse y coger el brazo de su padre, ese tejido muelle y tibio, suavemente perfumado de lavanda, que junto con el fuego y la figura materna sentada en la otra butaca constituían la

certidumbre total, la más sencilla y al mismo tiempo la menos comprensible seguridad. Permaneció con la tela del *fumoir* entre las manos, desconectado del furor que lo rodeaba, vuelto a aquella casa, por un minuto ausente y distraído por la sorpresa y la dicha. Luego la visión se esfumó y volviéndose hacia ella la urgió a que comprara la prenda, protestando que no quería nada más, sólo el *fumoir*, y que después volvieran, que se hacía tarde.

A la mañana siguiente comenzó de nuevo el viaje. La fila de carros y jaulas fue dispuesta sobre el tren, sin su ayuda. Ya no tenía el entusiasmo que antes lo impulsaba a participar y dirigir esas mudanzas. Claro está que antes poseía la extraña ocurrencia de que todos amaban como él y de que la fatiga no era sino una recompensa de la felicidad. Aquel vértigo se había despojado de su propiedad anhelante, de la urgencia que lo abrasaba en el fondo de la cama, antes del alba del cada viaje. Ahora esperaba mansamente que el traslado estuviera a punto. Salía de la *roulotte* instantes antes de que se la llevaran y sin ser visto buscaba un lugar en el tren. Ayer, sólo ayer, esta mañana, el frío lo aislaba de los demás, sembraba la escarcha sobre el campo, permitiendo que él se encontrara más cerca que nunca del alma arcaica que alguna vez poseyó, aquellas ceremonias de la tarde azulosa en la casa del valle, los olores del membrillo caliente, en el mes de marzo, humeando en las enormes pailas, los olores, más de uno, ligados al laurel, al orujo y al fósforo que le llegaban a través de las inalterables modificaciones del aire. Se vio como un niño sin edad contemplando ese mundo detrás de un espejo entelado, en algún rincón, entre las matas, las hortensias, la corona del poeta, los floripondios. Las primeras visiones de la casa, distantes y aéreas, se habían ido concentrando en detalles, en recodos de patios, en pilares y en lejanas expresiones de los rostros amados. Una boca sin voz modula una sonrisa, removiendo con la lengua y los dientes el aire del verano. Aunque el resto del rostro desaparece, sabe que es la sonrisa de su madre, tal como la soñaba antes, como la deseaba y conjuraba en las noches del convento. Era como una muerte. Como si, partiendo, hubiera dejado sin cumplir el deterioro de ese rostro y estuviera condenado a recordarlo siempre en medio de la lozanía de aquellas visiones nocturnas y sofocantes. Al verla, parecía tocarla, se sentía envuelto por su sonrisa, por el perfume de sus labios. Pero

no, se hallaba encerrado en la penumbra del carromato y arropado con el *fumoir*, mirando sin ver la ventana iluminada ahora por los grandes focos de la plaza en la que instalaban la carpa. ¿Qué hora era?

Capítulo Tercero

Con las manos juntas, Julián trata de concentrarse en la ceremonia, de eludir los distantes rumores de la calle que parecen llegar hasta allí arrastrados por el sol que golpea los vitrales. De esta manera el mundo lo persigue y acosa: lo crucifica en una desesperación que él identifica de sobras con el diablo. Porque las primeras horas del día poseen la amabilidad de comienzos de verano: el aire es tibio y oloroso a muchas cosas que el rocío exalta y la brisa hace deambular por los enormes corredores, infectando esos recintos con algo más que sus propias materias: con recuerdos de objetos parecidos —plantas, rincones húmedos, establos— que una vez, por un proceso que luego identificará con la vida misma, lo trastornaron dejando su huella terrible.

Cierra los ojos. Cree seguir la ceremonia. Sin embargo, por razones difíciles de conocer, que se insinúan lentamente y lo contradicen, siente que está siendo ganado por una vida extraña e ignorada. Las voces lejanas del mercado se amplifican hasta derrumbar el ronroneo del oficiante: son las voces que en el futuro le será difícil eludir. Entretanto, los horarios tendrán el mismo rigor y la obediencia a ellos no engendrará rebeldía. Aunque algo cambiará, algo tan perturbador ocurrirá ese día que luego podrá decir: allí comenzó todo. En ese instante se incubaba un destino cuya apariencia eran las distracciones constantes de la devoción, distracciones que, puestas junto a los hechos futuros, harían el papel de claves premonitorias, brutales fronteras entre su inocencia y su angustia. Pero aparte las faltas de atención que reducían su fervor y lo llenaban de arrepentimiento, nada permitía adivinar la aventura que comenzaba. Caminando por el centro de la capilla hacia el comulgatorio, Julián repite las oraciones que borran los

pecados veniales y dejan su alma —la imagina en forma de víscera impalpable que cualquier traspié puede manchar— transparente y preparada para unirse a la carne de Dios. Se hincó junto a sus compañeros, a los escasos hijos de notables que admitía el convento, y como ellos imitó la unción ritual, se sintió lacerado por la emoción de ser depositario, aunque fuera por unos minutos, del Salvador. Era, como usted podrá imaginar, la impostura perfecta, la cómoda seguridad de la infamia. Ya lo verá, ya lo verá. Primero el mundo, luego la carne, constituían la verdadera trama de la virtud. Julián creía que el descenso de la hostia por su cuerpo alejaba definitivamente las tentaciones recientes, lo hacía inmune a las pompas y a las obras, actuaba como detente o talismán, coartando su imaginación y su memoria a los límites justos del recogimiento. El camino de vuelta desde el comulgatorio le parecía siempre la escala que lo llevaba al cielo y no a causa del armonio que invadía la capilla con sus notas destempladas: en esos momentos creía escuchar la música de los mismos ángeles, se sentía él mismo participando en un coro de instrumentos dulcísimos, de arpas anudadas en fugas, habitando unos recintos cada vez más altos, cuyas esferas se perdían —como su imaginación al contemplar las estrellas distantes— entre las constelaciones. En esos momentos sentía ganas de llorar, de lavar con sus lágrimas la carne culpable de ayer, porque, creía, las lágrimas cicatrizaban la soberbia y el rencor, arrastraban los pecados de la imaginación. Generalmente este éxtasis duraba el tiempo de la gracia en el que Dios invadía y purgaba su cuerpo, sometiéndolo a una conmoción traumática no exenta de delicia, de la cual volvía dolorido y harto, saciado de contemplar el metabolismo de Dios en su ser, la posesión de su ser por Dios. De nuevo en su lugar, con las manos pegadas a la cara, comenzaba a emerger de la profundidad donde por unos momentos lo había encontrado todo; y lo primero que reconocía era la inmediatez del tacto, esos dedos sudorosos y crispados sobre sus ojos, la cojera y el crujido del reclinatorio, la remoción inquieta del compañero del lado. Luego identificaba su contorno: los murmullos turbadores que había alejado con ayuda de la comunión recuperaban su lugar y lo obligaban a volver a una situación en la que sus sentidos se hacían agudos y la carne que había despreciado, atenta. Nada podía hacer entonces contra la intromisión caudalosa

de aquel día en su corazón sino apenas contemplar pasivamente cómo el universo divino iba siendo invadido por el mundo, cómo la intimidad humilde de la comunión se transformaba sin querer en ese doloroso orgullo que lo enfrentaba definitivamente al Creador. Años después —rodeado por la penumbra del carromato— recordaría con turbación las luchas a que lo sometía ese aprendizaje de sí mismo. En un instante debió elegir o al menos hacer concordar los dos mundos. Y esto coincidía con el comienzo del amor. En el momento en que encontramos a Julián en el carromato, piensa que si entonces dudaba entre ambas alternativas se debía simplemente a que ni una ni otra se hallaban realmente presentes. Pero el amor, sigue creyéndolo, lo había dirimido todo.

Camina como todos los días hacia el refectorio para realizar allí los actos que una rutina más fuerte que cualquier prevención ha afelpado hasta convertirlos en gestos uniformes y huecos: comer, hablar con sus compañeros, dar gracias a Dios. El refectorio dispone de largas mesas en las que los pupilos se sientan y permanecen en silencio hasta el *Benedicamus Domino* y el *Deo gratias* en coro que lo sigue. El refectorio está situado en el costado de un claustro, cerrado por vidrieras a través de las cuales aparece el mundo deslumbrante del jardín. Aunque si la mirada se detiene más acá, en los cristales mismos, Julián descubre su propio rostro, infantil y grave, ya marcado con algunas peculiaridades que lo acompañarán siempre. Es lo fortuito de esos rasgos, destinados al defecto o la calidad, a la simpatía o al rechazo, lo que lo anonada. Un rostro mate, con ojos claros, asediado de cabellos rubios, un poco anguloso, rasgos que anuncian la delgadez futura, una manera de tener la piel tirante sobre los huesos notorios, la mirada lenta y cavilosa que traiciona, exhibiendo, su timidez. Más que mirar el jardín entonces, se siente cautivado por la imagen de sí mismo que le devuelve el cristal. Esta operación lo saca como tantas veces del presente, lo hace olvidar dónde y entre quiénes está. Si antes, en la capilla, el problema fue el encuentro entre el mundo y Dios, ahora se enfrenta a otra forma del propio conocimiento, no ya dividido entre los diversos impulsos de su corazón, sino estupefacto ante lo incomprensible que se le ocurre el hecho de poseer unos rasgos que lo atan a un destino, a una forma determinada de vivir y de morir. Con más o menos esos rasgos vivirá, envejecerá y morirá, piensa.

Mas ahora el misterio del rostro radica para Julián en la duda acerca de su belleza; quiere menos conocer los signos de su destino que el hecho banal de una afirmación estética que de inmediato lo igualaría a los héroes. No hay héroes ni príncipes feos, se dice, no hay aventuras sin belleza. Y su objetivo es la aventura. Sabe que el hecho de estar reducido a casi un estado de latencia es común a las grandes iniciaciones. Julián se contenta con el universo reducido del convento como la larva con su celda. La vida de sus compañeros le parece tan remota como la de las plantas. Sólo él es real, él y la incógnita de ser héroe o santo. Además sabe algo: conoce su cuerpo lo suficiente como para que la disyuntiva anterior revista alguna seriedad. Lo real no es ni él ni esa incógnita; lo real es su carne y esa parte de su cuerpo, la fuente del goce. En verdad su cuerpo es pura conjetura, es más un conjunto de omisiones que una cosa real. Si examina cuidadosamente lo que ocurre, debe convencerse de que aparte la carne y el placer, no hay nada en el rostro ni en el cuerpo reflejados en el cristal que le permita alguna certeza.

El tiempo de Julián está determinado de antemano. No necesita más que dejarse llevar por una incontrolable inercia que lo transporta, lo cambia, le resta esfuerzos a sus actos y anula su voluntad. Un toque de palmas ha recuperado el silencio del refectorio. Y sólo por hoy, el prefecto comunica con voz solemne aunque un poco desdeñosa la sorpresa del circo. El té será servido una hora antes y todos subirán luego a cambiarse de traje. Habrá formación a las seis en el patio de entrada. Algunos compañeros de Julián pretenden aplaudir y el desdén de la voz del prefecto se tiñe de irritación. Los mochos sacan las tazas y platos del desayuno mientras los muchachos se dirigen en fila a la sala de estudios.

Capítulo Cuarto

Pero antes de que Reina eche a andar hacia el carromato, mientras se demora en resolver los problemas que le plantea el administrador y ambos, como cómplices, se inclinan sobre contratos, facturas y cartas, Marcio ha saltado de la tarima y como una saeta negra ha corrido, corrido, rodeando las instalaciones, esquivando las jaulas que surgen a su paso, viendo cómo ondula el terreno con su propia elasticidad. Es un juego de niños para él. Da un último salto y se encuentra frente a la puerta de Julián, con la mano en el pomo de la cerradura. Pero no osa abrirla: se detiene ahí, como ante una condena, con esa impresión brutal que nos asalta cada vez que logramos lo más deseado, la impresión de no quererlo ya, de que el deseo se cumple en el deseo y de que la felicidad es la peor enemiga de sí misma. Se detiene ahí esperando que su respiración se normalice, que la leve brisa que deambula por la plaza le seque el sudor de la frente; imagina que es un angustiado marino que mira la costa donde sabe que está el puerto oculto por la noche y la tormenta. Nada es más terrible, piensa, que fingir, aunque sólo sea en público, un amor que no siento. Yo, aquí, ante la verdad, veo con horror la simulación y el engaño del amor. Voy a abrir esta puerta, la puerta de mi condenación, y por fin seré yo. Abriré esta puerta y la penumbra que invade la habitación es la primera sorpresa, la prueba de que conjeturar cuando se trata de salvar la vida es una burla cruel e innecesaria. Marcio ha girado el pomo de la cerradura y se enfrenta a un espacio negro que la luz de la plaza no revoca. A tientas, como ese marino que enfila el presunto puerto, se desliza al interior y cierra la puerta tras de sí.

—¿Reina? —pregunta una voz, única realidad de la tiniebla—. He cerrado las ventanas. Hace frío y me duele la cabeza.

Marcio se dirige centímetro a centímetro hacia la voz. Por fin logra distinguir un volumen: una débil luz surge de la *toilette* y recorta el sillón y la figura sentada. Las blandas zapatillas y la malla negra le permiten confundirse con el silencio y la sombra. Se mueve despacio pero resueltamente. Y no ve el taburete que lo hace caer. Cae de bruces golpeándose la cara en el brazo del sillón de Julián. Pero no grita. Se incorpora tocándose la mejilla, se sienta en el suelo y mira por encima de él la enorme sombra del sillón.

—¡Mi amor! —dice la voz.

Marcio adivina la proximidad de la mano que lo busca a ciegas. No sólo la adivina, también la ve, tanteando la penumbra, siente su aleteo rozándole la cara. Marcio no puede tolerar el deseo de cogerla, de acercarla a su mejilla dolorida, de bañar con sus lágrimas tibias su frialdad de muerte. Es eso, esto, piensa, es esto lo que nunca debí hacer.

—¡Tú! —dice la voz— ¡tú! —repite Julián sin apartar la mano, apiadado y confuso al mismo tiempo, acaso repugnado por el contacto de esos labios de fuego y por el río de lágrimas que resbala por su muñeca y le moja el puño de la camisa—. ¿Qué haces aquí? ¿qué pasa? ¿dónde está Reina?

La respuesta de Marcio es un sollozo, un débil quejido apagado y turbio, sin palabras, con algo del vagido de un niño que no puede hablar porque devora golosamente una fruta. Julián abandona la mano a esos besos, siente los pequeños mordiscos en la palma y se siente al borde de las náuseas. Por fin desliza la mano por el rostro de Marcio hasta que llega al pelo; el pelo le permite secarse la humedad de las lágrimas y la baba, y hacerle creer que lo acaricia, lo entiende, tal vez lo acepta. Julián se inclina sobre la mesita y vuelve a encender la corola de la lámpara —pues en medio de la reflexión sobre los motivos y detalles de su fracaso, la había apagado—. La luz dorada lo recrea todo salvo la figura nocturna que yace sentada a sus pies, con la cabeza inclinada y las lágrimas cayéndole sobre las manos inmóviles. Julián lo mira con piedad, no con el desafecto de antes, sino con una simpatía surgida de sus propios estados de alma, del enorme vacío de su pasión exhausta. Alarga la mano hasta coger la botella de cognac y sirve un vaso. Se inclina sobre los cabellos alborotados de Marcio y le toma la barbilla, la levanta hacia él, viendo cómo el rostro que lloraba

plácidamente se retuerce ahora en una mueca de dolor y vergüenza. La boca de Marcio se pliega y alarga y el sollozo estalla, incontenible. Julián baja del sillón hasta colocarse junto a él. Lo obliga a apurar el contenido del vaso; luego le toma la cabeza y lo atrae contra su pecho.

En este lapso, Reina ha tenido tiempo para liquidar los problemas del administrador y se ha dirigido al carromato. Ahora puede caminar con su paso aéreo y juvenil sonriendo apenas a los que le dicen ¡hola, Reina! Sonríe apenas porque luego de liquidar los asuntos pendientes, se siente autorizada para pensar en sí misma. Desde hace años, Reina vive en la cresta de una ola: parece que la vida fuera un continuo moverse dentro de la dicha. Los éxitos del circo son sólo un momento de exaltación que puede desdeñar para ampararse en la secreta intimidad de Julián. La estará esperando en la oscuridad, como siempre. Ella llegará y en medio de la oscuridad se sentirá tomada, recuperada para la vida, ahíta. Dos mundos: la luminosidad del circo y el lecho tibio y tenebroso. El cuerpo anguloso de Julián la hace transitar por alturas ininterrumpidas, ya que él busca una satisfacción que no logra, permitiéndole a ella disolverse en una sucesiva marea de orgasmos, sólo detenidos por la impronta cotidiana del amanecer. El amor de Julián es espectacular, aunque muchas veces piensa que su enfermiza capacidad, su potencia que no amaina, la pone a ella misma en situación de desmedro. Hasta ahora nunca se han permitido el descaro de la confidencia, porque, ¿qué necesita saber ella de Julián que no sepa? Desde hace diez años Julián vive en el circo, a tal punto que su intimidad con él y los otros niños comenzó en los hacinamientos nocturnos de una enorme cama común. Allí supo que la supuesta inmadurez de los muchachos era sólo aparente. ¿No olvidará nunca el roce del bulbo en su mano una noche de tormenta? Reina se permite un momento de nostalgia para convocar aquel sorprendente contacto, no deliberado, es cierto, por parte de Julián, sino más bien el encuentro, al amanecer, del cuerpo del niño dormido con la mano de una Reina aterrada por los relámpagos. El resto lo decidió el amor. Es decir, la adoración de Julián por Reina era demasiado transparente para que sus relaciones no hubieran elegido lo mejor. Recuerda que en aquella cama dormían Marcio, Mischa, el hermano de Reina —¿puede verlo

ahí o cayendo del trapecio como un muñeco inhábil, aplastado por su propio peso sobre el suelo de la pista?—, Julián y ella misma, en ese orden. Aquel roce fue la espoleta del amor, el comienzo de un espionaje y de una seducción a los que Julián se avenía, ignorando, claro, la manera de consumarlos. En aquella época se acostaban cansados. Marcio y Julián, los dos niños forasteros, trabajaban en la tramoya mientras Reina y su hermano, recamados de brillos, lucían su magia desde los trapecios. Eran los niños-pájaros. Así, la cama recibía a los cuatro niños fatigados por igual. El Gran Mihail los arropaba, besando a cada uno, dejándolos solos mientras la vida del circo continuaba hasta cerca del amanecer. Reina evoca murmullos, se ve a sí misma en ciertas noches de verano en que el calor le impedía dormir. Siente, vuelve a sentir, el cuerpo sudoroso de Julián junto al suyo. Y el roce que desde aquella primera vez se había acostumbrado a repetir: el dorso de la mano inmóvil en contacto pasivo con el miembro del niño —un miembro, pensaba Reina en aquel tiempo, parecido al de los caballitos, aunque en verdad nunca se lo había visto, en verdad sólo el roce le permitía imaginarlo—, tenso y encabritado por las urgencias del alba. Durante el día, Reina apenas lo miraba. Julián la seguía con los ojos, sufriendo, sin advertir —porque la pasión no se enmascara ni desdobla cuando hiere a un niño— la dualidad de la noche y el día, la consumación del amor que ya se realizaba en medio del sueño. En verdad transcurrió mucho tiempo antes de que Reina se atreviera a pasar a otra audacia. Durante mesen le bastó el contacto en la mano para sentirse inundada por una dicha tan desazonante que su propio cuerpo respondía trémulo como una cuerda, para súbitamente desmayarse en una perturbante fatiga, de la que al poco rato resurgía, para buscar de nuevo el objeto amado. Un día —la leve eternidad del alba se escurría tras las cortinas— Reina se atrevió a alojarlo en su mano, es más, atrapó ese objeto entre sus piernas y permaneció así, temblando de ansiedad y terror, observando con los párpados semicerrados el rostro sudoroso y dormido de Julián. Supo que eso no podría durar mucho, que de pronto el niño despertaría y ella misma sería cogida en el oprobio. Separó suavemente las piernas y el miembro de Julián comenzó a moverse barriendo —y esto fue lo terrible— el interior de sus muslos, rozando con su extremo el lugar más doloroso de su cuerpo,

para finalmente quedar adosado al vientre del niño. Reina no pensaba, a punto de desmayarse. Era tal el contraste entre el silencio del carromato y sus ensordecedoras sensaciones que creyó enloquecer. Me desmayaré, pensó, voy a morir aquí, en esta cima de la locura. Mas no se desmayó. Jadeando apartó la sábana y se sentó en la cama. No se volvió: sabía que vería a Julián y que si lo veía ya no podría volverse atrás. De espaldas a él, lo cubrió y se avino a levantarse, a acercarse a uno de los ventanucos y mirar estupefacta la mañana.

Cuando Reina entra en el carromato, Julián ha hecho beber lo suficiente a Marcio como para poder acostarlo, cubriéndolo con una manta. Julián le hace un gesto de silencio con la mano. Se acerca a ella, temblando, y tras el biombo la abraza, se ciñe a su cuerpo, huele el frescor de su pelo, siente el sudor que empapa levemente la malla blanca.

—Se puso a llorar —dice Julián.

—¡Pobre!, está cansado.

—¿Pasó algo?

—No, nada, sólo está cansado.

La conversación es un jadeo, el espasmo de la posesión. Se desvisten, se desgarran. Reina se aferra a Julián, abrazándole el cuello y rodeándole con sus piernas como una tenaza. Reina brinca acrobáticamente mientras él permanece de pie y busca en su pelo, en el esplendor atroz de su contacto, el impracticable final de sus hazañas, la conquista del trono, la obediencia del amor.

Capítulo Quinto

¿Hay recuerdos pormenorizados de ese día? Mire usted, quizás todo ocurrió igual en el convento. Al llegar a la sala de estudios y abrir su pupitre, Julián miró con desgana el verso de Horacio, *Animae dimidium meae*, como si la rutina de hallarlo sobre los libros, escrito siempre en papel cuadriculado, con la misma letra, ya lo hubiera privado de todo asombro y, por el contrario, la sorpresa hubiera sido no encontrarlo. Antes de ordenar los libros, lo tomó como si fuera un artefacto explosivo que cada mañana debía desactivar. Lo guardó junto a otras misivas similares en una carpeta azul. Miró hacia el estrado del prefecto. Enrojeció porque, como siempre, creyó que era observado detenidamente, estudiado, juzgado. Condenado. Mucho más tarde se daría cuenta de que su carácter medroso, que él y su madre atribuían a la naturaleza, era el resultado de la obstinada repetición de que el sacrificio de la sangre divina en la cruz tenía en él al único culpable. Y ¿cómo vivir sin sentirse perseguido, acosado, a punto de confesar su directa participación en la conjura? Se ve, vestido de centurión, inclinado sobre la oreja de Pilatos, soplándole una, dos, tres frases fatales. A causa de esto compraba chinitos. Su mesada iba a parar completa al mecanismo por el cual se rescataban almas de las garras del paganismo. Almas que eran bautizadas con el nombre que él escribía en el dorso de una estampita. Todos sus ahijados se llamaban Juan, en nombre del apóstol, padre, del favorito, del que por ser el más amado era el más ajeno a la traición. Las estampitas, lo sabía, volaban a Roma en manos de ángeles y de allí se repartían por Asia, poblaban Asia de Juanes redimidos. Más tarde, cada uno sabría que pertenecía a un discreto terrateniente, causa directa de la tragedia, con el cual debería compartir el agobiante peso de la

culpa.

Miró el estrado. El prefecto se hallaba sumergido en el breviario. Con ostentación colocó sobre el pupitre el *Manual de Urbanidad* y, bajo él, el cuadernillo que había arrancado del libro *Las mejores obras juveniles*. El pequeño Dick, que había despertado al iniciar la marcha, se interesó por todos y echó en falta el caballo de Harris. Por eso Hércules había dicho: ahora el caballo soy yo, señor Jack. Yo lo llevaré a usted. El Chon corriendo por el bosque, y él zarandeándose y esquivando las ramas que amenazaban con sacarle los ojos. ¿Y las bridas? —preguntó el pequeño. Vamos a confeccionar unas, que yo cogeré con la boca, para que usted pueda tirar cuando le dé la gana —dijo el Chon, moviendo las mandíbulas. Y sin esperar la conformidad de Julián, lo cogió en brazos, colocándose en medio del grupo que seguía caminando sin abandonar el curso del riachuelo que por espacio de dos millas habían seguido. Los senderos estaban invadidos por las zarzas y la maleza y el pequeño montado en los hombros poderosos de su amigo vio que tomaban de pronto un sendero lateral que sólo el negro conocía, un camino indio que llevaba directamente a la margen del río. En silencio, dejó que Hércules se apresurara caminando a grandes zancadas por la arena dura y negra. Ya verá, señor Julián, como llegamos antes que ellos; ese camino, dijo mirando hacia el bosque, es muy difícil. En efecto, los negros tenían que trabajar sin descanso para abrirse paso entre la espesura. Fue tarea dura, ya que en estas condiciones tuvieron que andar casi una milla, hasta que por fin se vio un amplio orificio practicado en el tallar que comunicaba con el riachuelo y seguía su ribazo. Allí, tendidos sobre la arena bajo un sauce, encontraron a Hércules y Julián, entregados a estudiar el origen del boquete. Aquello constituía sin duda, un paso para los elefantes, cuyas huellas aparecían claramente en el suelo, de naturaleza esponjosa. Pero Julián pudo observar algo más, al comprobar que aquel sitio no había sido utilizado solamente por los grandes paquidermos, observó con el rabillo del ojo que el prefecto cerraba su breviario y se aprestaba a bajar del estrado para comenzar su paseo entre las filas de pupitres. Entonces realizó un imperceptible movimiento con el pecho para que el cuadernillo quedara cubierto por el *Manual* y fijó los ojos en la «Presentación de un caballero en una casa», las

personas que deben hacerlo son las con ella ligadas por vínculos de familia o por íntima amistad. Pero si con esas personas no tenemos confianza no está permitido pedirles nos presenten. 3.º: La presentación de un caballero en una casa puede comprometer la responsabilidad moral del que presenta. Seamos pues prudentes al pedir nos presenten a nosotros, y también para aceptar exigencias de esta especie. 4.º: Antes de presentar a un caballero en una casa, veamos si su posición social, educación y demás circunstancias están en armonía con las de la familia, en cuya amistad vamos a introducirlo. No, el capítulo era… «A las consideraciones que deben los sirvientes a sus patrones», por su posición se añadirá la gratitud y el cariño, si reciben buen trato… el inferior cederá la acera al superior y el hombre a la mujer. Cuando se encuentran dos personas de igual categoría, conservará la acera el que la tenga a su derecha… Cuando viajan varias personas a caballo, el centro o la derecha son los lugares que deben cederse al superior. Si son cuatro los jinetes, divídanse en dos grupos para facilitar el tránsito… La portezuela del coche debe abrirla o cerrarla el caballero cuando no lo haga el cochero. Entrarán primero las señoras o personas de respeto, las que ocuparán…

—Bien, caballerete —dijo la sombra sobre su cabeza—, ¿sabemos cuál es la lección? Hojeas y no estudias.—

—Sí, *mon père*, es… «Conducta con los sirvientes».

—¡Ah sí! Veamos —y puso su mano gorda y amoratada de sabañones sobre la página.

—A las consideraciones que deben los sirvientes a sus patrones, por su posición… es injusta, si pensamos que son, en su mayoría, personas ignorantes… y faltas de educación. 2. º: Al dirigir la palabra a los…

—Cero, *mon ami*, un cero.

Recuerda, sí, que cerca del mediodía su mocho lo vino a buscar para llevarlo a trabajar en la huerta. El sol de noviembre caldeaba la tierra, la hacía aparecer suntuosa y abundante, y esa tierra surcada por cultivos exactos le provocaba la apremiante necesidad de desnudarse, de tenderse ingrávido y abandonado sobre ella. Seguramente era el calor de aquella región meridional del mundo, seco, perfumado a plantas de tomates, a albahacas, a rudas sombrías, lo que le causaba esa perturbadora emoción. O el olor

ácido del sudor del caballo que tiraba del arado. Un olor que removía en él algo más que la superficie de su olfato: que turbaba sin control una zona irreconocible del vientre, de las caderas y que excitaba como un escalofrío las puntas de sus tetillas. El mocho trabajaba a dos pasos de él, plantaba las lechugas tardías en la tierra recién aporcada. Más que pensar en la acción mecánica de plantar las matitas en la tierra blanda, Julián se abandonaba, fusilado por el sol meridiano, a todo lo que su cuerpo sentía y recibía: el sudor sobre la frente y las sienes, el canto geométrico y fugado de las chicharras, esos olores confusos e inquietantes, más reconocibles que su propio olor, más anhelados por el hecho de no ser partes de él mismo.

—Rápido —dijo el mocho de pronto—, dos pacerás más antes de la campana.

El acto de entrar por los fondos llenos de madreselvas y jazmines, con las manos embarradas, y recorrer los corredores, atravesar los patios, llegar a la parte de las despensas, es algo que recuerda mejor. También las ceremonias del lavado; el mocho sacando agua del pozo, lavándose primero él las manos, luego cambiando el agua del lavatorio para proceder a lavárselas a Julián. Después acompañarlo a la despensa y darle como premio una copita de arrope. Dejarse llevar nuevamente al vestidor fresco y sombrío y allí abandonarse a que el mocho le saque las sandalias de goma, la jardinera azul y el sombrero de paja, sentirse temblar bajo la transpiración que se le seca, mirando fijamente al mocho, escuchando su respiración asmática y cansada: eso lo recuerda. En seguida el dejarse vestir, sintiendo las manos gruesas pero hábiles del mocho por todo el cuerpo. Lo mira por último desde la altura cuando éste se agacha y le anuda los botines lustrados.

Desde aquí —en medio de esta carrera insana por sobrevivir a su infancia— hay cosas que se reconocen menos con la memoria que con un tacto antiguo y nocturno: besos en la oscuridad, abrazos castos, primeras trepidaciones de los ojos que buscan y seleccionan a la persona amada a través de incontables momentos del día, que hacen que ese deseo y aquellos besos sean los mejores introductores de la experiencia. Los celos y la avaricia, los encuentros no deliberados aunque sí provocados por la misma fuerza inconsciente que tocó y permitió que ese contacto se interiorizara en él con el

misterioso peso de los hechos, permanecen vivos y no son banales. Pero esos besos, piensa Julián, esos encuentros, no los seleccionó él, él no los quiso, él desdeñó la realidad que lo tocaba y maltrataba porque siempre deseó lo mejor. Él no miró esa realidad sino que se dijo: seré el diseño de un hombre terrible, dejaré que a este tiempo lo llene el odio, que se envenene en su propia miseria. Mas la pubertad se manifestaba en Julián de manera trivial, tanto más trivial cuanto ese momento debería compararse en el futuro con la verdadera voluptuosidad. Por entonces su madre lo llenaba todo; la persistencia del rostro materno sin embargo se debía más a la manera asidua con que se le había aparecido que a un afecto cuya verdad debe basarse precisamente en su carácter accidental, en lo fortuito y en lo inverosímil. Su madre no participaba del milagro de los encuentros, del deslumbramiento, la sorpresa, de la necesidad de jerarquizar el mundo para poner en el vértice a aquél que reemplazaría al dios de la infancia.

La pubertad había producido en Julián el efecto mordiente del ácido sobre el metal, la desgarradura breve e inesperada de un golpe. Mira al mocho que le anuda los zapatos y se pregunta por qué esos dedos lo alteran tanto. Cierra los ojos y se imagina como un instrumento. Las tardes de los jueves, su mocho lo lleva donde Teodosio, a la sala de música, y él, abrazado al cello, repite incansablemente las escalas, anudándolas mediante la unidad indisoluble que forman cuerpo e instrumento, sonido y alma, acordados por una medida menos comprensible que el hecho trivial de entender las relaciones de acción y pasividad que los unen. La pubertad, en cambio, era otra cosa, porque, le parecía, el instrumento era todo su cuerpo respondiendo armónicamente, aunque sin orden, al estímulo táctil. Las claves podían ser cualquier zona de la piel, convertida en cuerda, resonando en la caja de su corazón. Las combinaciones sonoras no sólo dependían del roce o presión de unas manos sino también venían del aire: los perfumes, olidos o evocados, lo sorprendían con iguales incitaciones, poblándole la cabeza de imágenes fugaces. Ya le he contado al comienzo que estas imágenes perturbaban los actos que realizaba. Le bastaba con cerrar los ojos para que los claustros desnudos, las aulas, ese vestidor, se convirtieran en lugares donde la fábula y sus hazañas por lograr el amor y la gloria lo llenaran todo. Llegaba

hasta sentir los dedos de ella recorriéndolo: todo él respondería como una lanza, con la rijosidad de la piel erizada, un delicioso vacío que lo obliga a tensar los músculos del vientre, a contraer los esfínteres, para evitar caer y deshacerse frente al mocho.

—¡La campana! —dice éste.

Lo toma de la mano y lo arrastra por las dependencias —reposteros y alacenas con olor a grasa y especias— hasta acceder por una puerta baja al corredor que lleva a la capilla. Escucha el aliento irregular del lego y el rumor lejano de sus compañeros que dejan las aulas y forman filas en el patio central. Julián corre traspasando el aire denso y mudable y la intermitente luz de un sol moroso, que produce violentos cortes en las baldosas y mancha los ventanales altos con el movimiento circular de una linterna mágica. Esta ebriedad no procede de él mismo sino de la acción pura, del apresuramiento del mocho a su lado, de la luz y la metralla blanca y negra de las baldosas. Entran en la capilla detrás del superior y cada uno ocupa su sitio, Julián en el reclinatorio junto a sus compañeros, el mocho en las últimas filas de la jerarquía de prefectos y bedeles presididos por el birrete solemne del superior. Felizmente, el Ángelus dura poco. Julián no tiene tiempo de adaptarse a los estímulos del lugar, al recogimiento que logra cada vez que se deja arrastrar por la emoción de la música, el olor a incienso y el ritmo majestuoso del latín, cuando ya la ceremonia ha terminado. Se ponen de pie esperando que los bancos vayan desocupándose en orden y cada fila constituya una parte del pelotón que se dirige hacia el refectorio. Mientras espera que le toque salir, Julián apoya una mano en el respaldo del banco trasero y siente que otra mano se pega a la suya, envolviéndosela en un tanteo cálido y apremiante que no lo sorprende, que más bien lo empuja a la pasividad. No aparta la mano: mira, sí, los ojos quemantes de Marcio, sin sorpresa, sabiendo que la calma, su dócil acatamiento, hace más elocuente el rechazo: comprende que sus fantasías acerca del amor pueden revestir en los demás formas inimaginables. Al mirar a Marcio no quiere avergonzarlo, apenas pretende decirle que se siente solo, sin lazos ni con él ni con el presente, que su lugar es un lugar remoto en el futuro, y que los precipitados contactos de ambos, los besos urgentes en la oscuridad, no tienen más valor que el de haber echado a andar el simplísimo mecanismo de los sentidos. ¿Cómo

hacerle comprender lo lejano que está? No obstante Julián sabe que esa tarde Marcio vendrá, que repetirán en silencio un vértigo instantáneo, vértigo que la memoria se niega a registrar y que sólo la repetición del hecho restablece en la superficie de la conciencia, junto al tedio, al calor, un hecho que forma parte, se diría, de los deberes cotidianos que lo separan de la gran prueba. No aparta la mano. Espera que el fluir de las filas los aleje naturalmente, sin violencia. Siente pena por Marcio, aunque también desprecio. Cada día encuentra ese cuerpo, lo toma, lo doblega, como si se tratara de una herramienta por la que —pasado el espasmo— debe sentir el horrible golpe de la vergüenza. Digamos, y así me gustaría que lo comprendiera usted, que Marcio representa para Julián la forma sencilla de librarse de los apremios táctiles a que aludía antes, esas manos, piensa él, que recorren mi cuerpo, este cuerpo musical, destinado por encima de todo al amor, no a este vulgar y despreciable uso, no a esta carne dócil que se abre y se entrega como un animal, sino a la virtuosa consagración del amor total. Julián intuye —sin saberlo— que el aprendizaje, con Marcio incluido, está tocando a su fin y que recorre por última vez los sitios habituales. Cuando echa a andar, concentra su mirada en la nuca del compañero que lo precede. Lo hace más que nada por fijarse un objetivo próximo, para no diluirse ni en el pasado ni en el futuro. Se siente viviendo un estado de latencia, hibernado. Por momentos la sangre se le hiela y casi, casi alcanza a percibir la nada blanca. No el sol, ni la verdura del valle de su casa, ni el aterciopelado timbre de la voz materna; ya no escucha el ladrido de sus perros tirando de las traillas; tampoco es cuestión de las voces que suben del mercado y asaltan los espesos muros del convento, irrumpiendo en medio de su piedad, sino la nada, como un éxtasis, propagándose desde sus piernas hasta su cabeza. Esas simetrías —la repetición constante de los rezos, la luz que aparece y desaparece mientras la fila discurre por los corredores, el movimiento acribillado de blanco y negro de las baldosas— le ocasionan a Julián un vago malestar, acentuado por el calor y el perfume de la flor de los naranjos que empapa el aire. Esta sensación tambaleante y bochornosa, vecina de la caída, se acrecienta cuando entran en el claustro del refectorio: el aire saturado de polen y polvo traslúcido, poblado de abejas, casi lo asfixia, convierte sus piernas en masas ingobernables. Las siente

blandas y se coge de cada pilastra temiendo no llegar a la siguiente. Mas como todo en él y en aquel día, el desmayo de sus piernas está impugnado por la alteración de su pecho, por los pensamientos precipitados, por los veloces latidos de sus sienes. Piensa: me voy a caer, asombrándose al mismo tiempo de que su estado no produzca alteraciones en la fila, de que ésta siga y él se mueva perfectamente al ritmo de ella, impelido quizás por un descuido de la conciencia que vive el vértigo con independencia del movimiento involuntario de los miembros. Lejos, detrás de él, camina Marcio, seguramente su mirada le horada la nuca, los cabellos largos, su andar vacilante. Julián trata de imaginar el deseo y el rencor de que es objeto para que la vanidad aleje el desmadejamiento que lo embarga. Pero lo consigue a medias. Le es difícil reemplazar sus fantasías heroicas por los vulgares contactos con Marcio, contactos no buscados, apenas deseados por su instinto, rehusados, en fin, cada día y cada día vueltos a aceptar. Por lo menos Julián es consciente de que esos desvaríos no lo modifican, no transforman su vida en algo nuevo, en ansia o en furor. Marcio es la imagen de su voluntad deshecha, del error, del arrepentimiento.

Cuando la fila se detiene, cada uno está frente a su puesto en el comedor. El toque de palmas los autoriza a sentarse. Un rumor hecho de roces, murmullos y golpes de cubiertos obliga al prefecto a tocar la campanilla. Comienza la lectura del santoral. La voz del muchacho que lee quiebra el silencio con tonos agudos, un sonsonete desapacible que pronto se convierte para Julián en un zumbido sin palabras que le permite huir hacia zonas de la realidad más respirables. El viaje debe comenzar ahora mismo, ¿podrá realizarlo entero?; cada vez que lo imagina, no termina de dar vueltas alrededor del comienzo, como si el verdadero gozo tuviera su fin en los preparativos. ¡Adiós, madre, adiós!, el convento y la casa han sido una etapa, los sobresaltos y los miedos, las visiones dibujadas en la noche, el fuego que incendiaba las claraboyas en mi cotidiano recelo del diablo, han retardado el cumplimiento de mi destino, pero los signos están claros, me he levantado al alba, he saltado de la cama antes de que la luz perfile la silueta de los cerros, en el patio titilan los quinqués y los perros vienen a mí, enredándose en mis piernas porque también sospechan que pertenecen al pasado, como tú, como Marcio, como esta casa y los

adoquines que me sostienen, no eleves la voz, no me lo prohíbas, duerme, cumple esa misión de vivir fuera de mí, trece años han bastado para dividir nuestras sangres y no estoy seguro de que el futuro me depare una unión tan perfecta como fue la nuestra, pero parto, la luz matinal remueve las penumbras del patio y el frío excita las flores y las plantas: su aroma invade el aire, mi nariz, mi carne, sofoca mi cabeza, amenaza incluso con impedir mi partida, debo apresurarme, rodearemos el mar, cabalgando por etapas, alcanzaremos el castillo y después de días de asedio, de infinitas muertes y traiciones, llegaremos hasta ella, frente a mí tengo la luz que tiembla al desparramarse sobre la tierra, el olor de las flores y el deleite, no de haber llegado a ella, sino de no haber llegado y de prepararme al encuentro, eso es todo, ésta es la verdad: no podré llegar a ella, siempre rodearé su imagen, entreviéndola con la imaginación, tocándola con el ansia febril del espacio que nos separa…

—¿Qué pasa, Julián?, no has comido nada —le susurra su mocho al oído.

No lo ve, pero escucha su voz cascada y su aliento áspero que le abrasa el cuello. Se siente enrojecer delante de sus compañeros, con la cuchara suspendida, a medio camino entre la boca y el plato. Prefiere fijar la vista nuevamente en el vidrio, averiguar si las horas transcurridas lo han modificado, o si el poderoso deseo tiene allí su imagen, diseñando alguna huella, un pavor, si su viaje tan deseado ha alterado en algo sus rasgos. Pero no, es como una tabla rasa e inexpresiva. Sólo hombres como nosotros, de vuelta de más cosas que las que hubiéramos deseado, sabemos que en lo que Julián considera una tabla rasa se inscribirán la desilusión, el cansancio, es esa tabla la que tolerará los sinsabores como partes de una usura a la que deberá acostumbrarse, ella acogerá las lentas e imperceptibles mutaciones de la piel. Es en vano entonces que busque caminos ostensibles: no hay sorpresas entre un momento y otro del espejo. Y sin embargo, el daño estará ahí, trabajando por detrás, entre las costuras menos imaginables de la forma. Aunque de lo que se trata ahora, frente al reflejo del cristal sombreado por la verdura del jardín, es de saber adónde va, qué es lo que comienza en ese instante en que finaliza su aprendizaje. La aventura, el amor y el entusiasmo se convertirán en el deterioro y la muerte de la

imagen reflejada. Esta representa el anverso ambiguo de un daño que comenzará hoy, cuando abandone el convento. ¿Lo pensó ese día? ¿supo que en aquel momento comenzaría a morir? Seguramente no. Sólo usted y yo lo sabemos, con una certeza mucho más cercana de la sensación que de las ideas que elabora la ciencia. Mire esas gaviotas girando sobre la playa: de ese tipo es esta certeza. El mundo giraría muchas veces alrededor de sí mismo antes de que Julián supiera que el anhelo puro, la fuerza ciega del candor, la hazaña y la pasión, se metabolizaban en otras tantas declinaciones del caer y del morir. Me gustaría decirle que esto inquietaba a Julián, pero la energía no tiene pasado, es sólo culpable de ser, de no saber lo que sea. En ese instante, la ciudad constituía para nuestro aprendiz de héroe el lugar único donde ocurrían las cosas, el ámbito del movimiento. Los gestos de los estibadores, que a veces contemplaba cuando salían de paseo, los estibadores cargando y descargando barcos de nombres extraños, atropellándose por las pasarelas, bajo la mirada obsorta de algún joven marinero que fuma y apoya la espalda contra el tabique de los camarotes, echando ligeramente la cadera hacia adelante, con una mano en la cintura, eran amplios y vulgares, no solemnes y fríos como los del convento. En los gestos nerviosos de los estibadores se cumplía la urgencia por llegar al reposo, por buscar después de las fatigas y adversidades del día, el reposo en los brazos amados. El marinero zarparía al anochecer, con el barco cargado de azafrán o púrpura, y en medio de la noche, mientras el capitán consulta el astrolabio, se ovillaría en su litera, pensando ardorosamente en el puerto que tocarán mañana, y en que quizás una mujer lo consolará de su tristeza juvenil, en el caso de que le venga el pensamiento de su madre o sienta nostalgia de su casa, de sus perros, de todo lo que dejó atrás, de lo que renunció para moverse y recorrer la anchura de la tierra.

Julián piensa en la calma helada y sin tiempo que lo rodea, sin tiempo y sin motivos, en circunstancias que se siente lleno de la misma desazón por terminar el día, extenuado y deseoso de encontrar los brazos cálidos y el vientre duro de una mujer. Sí, sólo una proeza podrá rescatarlo de este hervidero de burlas congeladas, de vida mínima, como un cielo invernal. Sólo así la vida pasará por él como una brasa, se acercará a la muerte en medio de una espiral

que de pronto le arrebatará la voz, reduciendo el esfuerzo, el coraje, la ira, a la exacta arquitectura del sueño.

Capítulo Sexto

Julián y Reina decidieron enfrentar allí mismo —abrazados sobre los cojines del carromato, mientras Marcio dormía su desdicha con la cara hundida en la almohada— los fantasmas de su situación. Más que una descripción dolorosa en la que podría traslucirse la trama de sus propias incapacidades, pensaron que era mejor abandonarse a una confesión errática, sin miramientos para con la idea que cada uno tenía del otro. De esta manera el daño que se infligieran parecería no deliberado y la separación accidental. Cada uno conocía las vulnerabilidades del otro, ambos sabían perfectamente dónde debían golpear, ya que diez años no pasan en vano y todo se puede tolerar salvo la destrucción de la propia imagen, esa entidad a la que los amantes se aferran porque constituye el ser mismo de los errores, la fuente del desamor. Para Reina era una situación repentina, impensable un día antes pero que en ese instante se le hacía tan clara como desconcertantes los efectos que se derivarían de ella. Apoyada en el pecho de Julián se dio cuenta de que los últimos diez años habían sido una mentira y, lo peor, una mentira exclusivamente suya. Se preparó entonces para eludir esa verdad terrible y para atribuírsela a Julián. Los mecanismos del alma humana son a veces tan simples que se vuelve banal el hecho, por ejemplo, de que un hombre parezca indiferente al elogio. Todos sucumben perversamente a él. Por eso, una amante desdichada —o, en nuestro caso, un alma equivocada— es una de las criaturas más peligrosas de la especie, ¿no lo cree usted? Ambos quisimos lo mismo, pensó Reina, no todo vino de mí, ni todo comenzó en aquel lecho donde yo era la única consciente y él un niño que dormía, indiferente a los humores que lo convertían a mis ojos en un objeto deseado. Recordó las mañanas de aquel primer

verano, el sudor insoportable que la unía a Julián bajo las sábanas, la mano que tanteaba y se abrasaba en la virilidad del niño, el lento y estertórico flujo que cerraba su garganta y desgarraba su cabeza. Desde el principio se sintió fuerte: era la única que podía dar cuenta de lo que les ocurría a ambos. No fue azaroso el hecho de que Julián la identificara como el objeto de una pasión diurna mientras por la noche esa pasión corriera por su cuenta: ella compartía consigo misma la abyección del sueño, él olvidaba y borraba el tiempo nocturno para señalarla como la única luz del día. ¿Fue por esto quizás por lo que provocó el encuentro? ¿acaso reflexionó cuando lo encerró en el carromato? Julián la miró con los límpidos ojos de la felicidad, extrañado de ser objeto de un interés que nunca se manifestaba, de verse mirado por los ojos que siempre lo habían rehuido. Reina se acercó a la ventana y entrecerró los postigos. El cabello de Julián y parte del rostro resaltaron en la penumbra que quedó, aunque los ojos, la mirada, se perdieron en la concavidad sombría de la estancia. Reina dijo: ven aquí, aprovechando la oscuridad para levantarse el vestido y dirigir la mano del niño hasta el lugar que él, sin saberlo, exploraba desde hacía tiempo durante el sueño. Julián, encandilado por la rendija de luz del postigo, pensó que soñaba. Todo se le nubló pues constató que allí, en el momento que él siempre había imaginado como último, como el final de ese largo viaje a través de la fantasía, también se evadía hacia otra aventura de la que Reina ya no participaba o, quizás, si persistía como su personaje central, nada tenía que ver con este animal vivo en la oscuridad. Sin embargo, algo ocurrió de golpe; de golpe lo abandonaron las imágenes, al sentir con la punta de los dedos la tibieza húmeda, la pilosidad escasa del pubis de Reina. Comenzaron a desfilar por su cabeza innumerables objetos, Marcio en el convento, el mismo calor transmitido desde la carne, el olor salobre de la piel. La mano de Reina lo empujaba, no a la caricia, sino a rebuscar en ese pequeño lugar todos los detalles. Escuchó la respiración aletante y precipitada y sin detener la acción de la mano, se inclinó sobre ella; hundió la cabeza en su cuello y, por primera vez, experimentó el contacto con lo verdaderamente ajeno. Mientras se maravillaba con esta efusión y con el aroma a tierra y sudor de Reina, a Julián le fue revelada por fin la clave de su búsqueda: la escenografía de antaño se rehízo, el camino sembrado

de muertos le permitió llegar al sitio anhelado, y la conquista de la plaza, de la doncella tantas veces vista, coincidió perfectamente con el instante que vivía. Mediante este fenómeno, la desvergüenza se trocó en pudor, la sordidez del carromato en las colgaduras del baldaquino bajo el cual ella lo recompensaba, los hedores veraniegos de la ropa y la piel en perfumes de laurel y bergamota. Se dejó descubrir, la mano de Reina acarició su sobresaltada virilidad, la condujo hasta dejarla aprisionada entre sus piernas, permitiendo que en el punto de contacto apareciera una deliciosa humedad. Pensó: voy a deslizarme en este abismo, sumergirme, perderme; petrificado como estoy, voy a alcanzar el anonimato, la fusión, voy a morir por fin. Tal como lo creía, lo vivido hasta ahora no ha sido más que la preparación de este momento único; la batalla ocurrió ya pero falta el último baluarte; lo que con Marcio constituía una abyecta facilidad, un momentáneo choque sin miramientos, distante como no fuera en el estricto punto de fusión, aquí aparece con las dificultades propias de lo heroico; estoy en ella pero fuera de ella, entreveo el cielo pero no puedo tocarlo. Julián presionó hacia adelante y las uñas de Reina se clavaron en sus hombros, buscaron su cuello, de la boca espasmódica surgió un áspero estertor, en medio del abrazo sintió que el cuerpo de ella se tensaba con la consistencia brutal del éxtasis. Entonces creyó que se moría, que el ronco aullido que llenaba su cuerpo no podía tener otro fin que el conocido desmadejamiento fatal. Y a pesar de que Julián no pudiera traspasar los lindes del umbral, sintió que se encendía y endurecía como el pedernal si se dejaba deslizar por el estrecho pasaje que lo oprimía. Entonces pensó: inevitablemente ocurrirá el desenlace que conozco, esta inverosímil y perfecta y revolucionaria experiencia terminará en el triste decaimiento que me ocurría con Marcio. ¿Cómo se entiende que suceda lo mismo, que después de haber abandonado mi casa, mis perros y el convento, para buscar la verdadera vida y la persona amada, vaya a sucederme lo mismo que me ha avergonzado, lo que niego y rechazo y deploro? La tensión del cuerpo de Reina no cesaba como tampoco el dulce ronquido de su boca húmeda. Como arrastrado por una fatalidad, Julián se resignó a perderla debido a la simetría con que ese momento se igualaba a los abrazos de Marcio. Quiso ir hasta el final, terminar de una vez, morir como tantas veces había

muerto unido odiosamente al delgado cuerpo de Marcio. Pero allí se produjo lo insólito: la curva exaltante del éxtasis no cejó, la rápida consecución de antaño no se produjo, su vida subió y subió hasta que sintió que su cabeza se igualaba a la esfera del mundo. Sin temor continuó los embates, haciéndose sabio en la búsqueda, conociendo perfectamente el camino a seguir; cada vez que lograba alojarse un poco más en ella, escuchaba las oleadas de gritos y deliciosas negativas que ella profería. Reina se había apoyado en el borde de una mesa y, casi acostada en ella, se dejaba conquistar, no ya por el autómata que había poseído a Marcio, sino por el héroe capaz de la infrecuente hazaña de mantener el fuego hasta la rendición total del otro. Darse, ser para él, siempre, sentirse subir interminablemente y en ello encontrar la recompensa justa de la gloria. Reina dijo no, no más, Julián, por favor, por favor, llorando, aferrada a él y al mismo tiempo empujándolo fuera. Julián se detuvo porque se dijo: me puedo permitir esta clemencia. Salió de ella habiéndose probado a sí mismo que todo era distinto, que Reina era lo buscado, que la había hallado. Una ola de orgullo y felicidad lo llevó hacia la ventana, para abrir los postigos y mostrarse a plena luz, el sexo erguido y los pantalones manchados de sangre. Por primera vez demostró su alegría. Se precipitó sobre Reina, desplomada en la mesa, las mejillas encendidas y los ojos brillantes, y la besó, quiso volver a hacerlo pero se detuvo cuando vio su ademán perentorio. Me has herido, le dijo, no te lo perdonaré nunca, me has herido, repitió mirándole el sexo ensangrentado, viendo lo que durante meses sólo había tocado y confirmando la impresión de que se asemejaba al de los caballitos, te odio, te odio como nadie, nunca más te atreverás, no me dejaré, podrás hacer lo que quieras para repetirlo pero no lo lograrás, durante meses me has seguido, mirándome como un lobo, he sentido tus ojos como soles quemándome y finalmente me has doblegado, pero no creas que podrás repetirlo, nunca, nunca, eres asqueroso, me repugnas, *va-t-en*, ¿me oyes? ¿por qué te quedas ahí como un imbécil? ¿por qué no escondes esa cosa horrible, nauseabunda?, dijo incorporándose a medias sobre la mesa, ¿no te das cuenta de que eres como un animal?, mírate, mírate, no lo hubiera creído nunca.

No lo hubiera creído nunca, musitó Reina abrazada a Julián. ¿Qué?, preguntó éste. Todo el tiempo que ha pasado sin que me

amaras. Reina, dijo Julián, Reina, cómo dices eso. ¿Te parece bien, entonces? ¿crees que no lo sé?, nunca te he satisfecho, eres odioso, has vivido de mí… aunque en realidad no me importa; pero algunas veces, algunas veces siento lo indigna que soy, aceptándote a mi lado a pesar de que no me ames, comprándote, eres terrible, siento que vivo de tu insatisfacción y que te necesito; quiero ser amada, ¿me oyes?; cada vez, después de cada vez, busco en mí las trazas de tu amor, y nada; no lo niegues, has sido incapaz de amarme, de entregarte a mí, ¿por qué? ¿por qué?, me pregunto por qué y a qué se deben estos diez años en los que no he sido feliz; te lo digo tranquilamente, Julián, yo no he sido feliz porque te siento más allá de cualquier precio, porque te avienes a todo, mientras yo, lejos de ti, mientras yo, como la reina del circo, me enloquezco de hambre y de urgencia por venir a saciarme en lo que tú me das, esto que acabas de darme de una forma atroz, ¿no sientes nada?, dime, ¿no sientes, no puedes sentir nada? ¡Cómo!, dijo Julián, ¿nada? ¿y esta cumbre, este cielo cruzado por tu imagen, es nada?; lamento no ser más comunicativo pero al menos quiero que sepas que no deseo nada más: que me basta con que me dejes participar de esta intensidad; porque pese a lo que creas, no me lo has enseñado todo; tú fuiste el final de un horrible deseo en el que me reconcilié conmigo mismo; el hecho de no habértelo dicho no quiere decir que contigo no se hayan cumplido mis mejores sueños. No quiero más. Y Julián miró hacia la cama donde Marcio dormía con el rostro vuelto hacia ellos y en el que se veían aún las huellas del llanto. Hablamos fácilmente de desdicha, continuó, sin conocer el sabor del fracaso. ¿Cómo él?, preguntó Reina, indicando a Marcio. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué me mientes? ¿crees acaso que no lo sé?, lo sé, Julián, lo sé y no me preguntes por qué lo sé ni lo que sé; estoy confundida; lo único claro es que estos diez años han estado llenos de puro miedo, miedo de saber de ti, de Marcio, aceptándolo todo como si no tuviera derecho a la sospecha. Julián le miró los labios secos y los ojos brillantes, la cabeza reclinada sin orgullo sobre el pecho. ¿Quién dice la verdad?, pensó, ¿cómo decir la verdad? ¿Cómo saber la verdad?, dijo, a lo mejor crees que hay un gran engaño en mí, que este pináculo del amor y del permanente deseo ha sido una comedia; pero no has pensado que era la única forma de que nuestro encuentro fuera diferente de los contactos

habituales, los groseros contactos, los insoportables e indignos contactos que llevan la muerte en sí mismos. El común de la gente se aproxima, se busca, con el brillante deseo en la mano, y las promesas surgen fácilmente de sus bocas; prometen cualquier cosa, venden fácilmente el alma, a condición de matar el deseo que llevan consigo; pero matar el deseo, con urgencia, como si uno tratara de librarse de un trapo sucio, es indigno de un espíritu noble, ¿no lo ves?; en ti, *ma reine*, he hallado la única manera de ser feliz, es decir, la única manera de serlo mañana todavía; el no encontrar la satisfacción en ti, esa satisfacción común, de los hombres comunes, esa satisfacción que nos iguala a los animales, no era ningún secreto; era mi homenaje, lo que te ha señalado como mi verdadero amor, mi heroína, mi reina, mi pobre reina; mi continuo caminar hacia ti, el verte allá, al final de un camino que mi cuerpo se niega a recorrer, o mejor, cuya delicia radica en el hecho de recorrerlo pero de no cumplirlo, me hace verte siempre rodeada por el halo imperturbable del portento; es la razón de que mi cuerpo, dócil a este programa y a este azar, se haya plegado, se haya puesto a la altura de esa condición que te distingue de cualquier otro posible objeto amado; no me lo reproches, porque además es tarde; ya este cuerpo se ha sometido a tus dictados, reacciona en una única dirección, encontrando la realización en la vehemencia que sube, se intensifica y no muere. Así es, no muere nunca, y ésta es la prueba de que mi amor tampoco muere, de que tú, mi amor, seguirás siendo un objeto remoto, la plaza por conquistar que cambia constantemente de sitio, huidiza, y nunca se pone en la mira del arma. A veces estoy a punto de cogerte, de hacer de ti y de mí uno solo, de deshacerme ocupándote entera con los dulces líquidos de la muerte, puedo sentirte al alcance de los dedos, y te escapas, vuelves a tu pedestal, ronroneando como una gata en medio de tus orgasmos, dejándome fuera, maravillosamente fuera, tan alejado de ti como el oficiante lo está de la divinidad. Nuestros encuentros, entonces, mis insaciables hazañas, esas que al comienzo fueron sangrientas desgarraduras cuya crueldad me reprochabas, no han sido entonces, digo, más que una alegoría semejante a la del sacerdote que comulga y sabe, sin embargo, que el dios ha cambiado de sitio y que no puede, que no podrá ver nunca su cara perfecta.[2]

Capítulo Séptimo

Noviembre, en aquella lejana región del mundo, es el mes en que el acabado del cielo es total, terso e inalterable, en que el azul es más un azul abstracto y razonado que una tinción envolvente del aire. Hace calor. Por las rendijas de las persianas, a media tarde, se adivina, afuera, un calor seco y despiadado que evapora, pensó Julián en la cama donde hacía la siesta, el agua regada por la mañana entre los camellones de la huerta. Sentía una agradable molicie en los miembros pero no podía dormir: había algo despierto dentro de él, despierto y endurecido, expectante ante la nada, algo que ningún examen podía reducir a sus dimensiones ciertas pues nadie podía disuadirlo de que en esos momentos, y en él, no estuviera ocurriendo algo tan revolucionario y definitivo como la muerte. Se sentía simplemente hervir, sudando bajo la delgada sábana. Miraba la penumbra del cuarto, fresca, densa como el corazón de un ópalo. A esta estaticidad de la atmósfera, a la rigidez que lo embargaba, obligándolo a penetrar las sombras con los ojos fijos, se sumaba la consuetudinaria erección, enorme y dolorosa, llenándole, parecía, los contornos del cuerpo, sobrepasando, parecía, los límites de su cabeza y su razón. Intentaba, por eso, pensar en otras cosas, alejar de sí las odiosas imágenes de lo que hasta aquel día él denominó «el mundo» y que a fin de cuentas no era otra cosa que su propia carne latiendo: Marcio, las suaves curvas de un vientre de mujer, el movimiento del ruedo de una falda contra el dorso fragante de unas piernas. Se obligaba a pensar en la huerta, en el circo de esa tarde, en el perfil difuminado de ella, la que en algún sitio lo esperaba con menos impaciencia, estaba seguro, que la suya: temblaba como un enfermo bajo la sábana.

La puerta crujió antes de abrirse lentamente y dejar entrar el brillo apagado de la luz del corredor. Luz que iluminó el cielo raso, creó las formas de la cama, lo creó a él también, pese a que se obligó a cerrar los ojos y a fingirse dormido. La habitación volvió a la tiniebla pero alguien había entrado: Julián lo percibía en el aire, le parecía que una respiración latía en algún lugar. Y no era su mocho porque el asma lo habría delatado, el irregular y rasposo resuello precediendo sus gruñidos y moralinas. También Julián recordó que faltaban al menos dos horas para que terminara la siesta.

—Me voy —dijo una voz—. Esta tarde.

Julián abrió los ojos: vio el contorno de la cabeza de Marcio por encima de él, de pie, oscureciendo aún más las alturas del techo.

—¿Adónde?

—No sé, pero me voy. Lo he decidido este mediodía, en el comedor. O antes…

—¿Antes?

—En la capilla. No sé. ¡Qué importa! Me voy. Quería que lo supieras. Que…

—¿Qué?

—Me gustaría que vinieras conmigo.

—¿Yo? Estás loco. ¿Yo, contigo?

—¿Por qué no?, yo te amo y el amor es imposible aquí, en este clima irrespirable, en este silencio; además, está tu desprecio, todo, es imposible, ¿no ves?, yo no me siento libre y tú, con tu cancioncita del pecado, tampoco eres libre, no eres libre porque no te dejan ser libre, porque crees que tienes que despreciarme, de otro modo tu vida estaría terminada, pero sabes que no sacaremos nada de todo esto, ni tú ni yo, en verdad puedes hacer lo que quieras, pero yo me voy, ni el amor que te tengo puede amarrarme a este lugar, a lo mejor crees que si te vienes conmigo te condenarás para siempre, a lo mejor crees… ¡qué sé yo!, que te voy a devorar, que te impediré realizar tus planes, porque no finjas, tú también quieres partir, irte, tener una aventura, yo no te la impediré, y juntos, solos, no sentirás la obligación de despreciarme, de mirarme desde lo alto de tu inocencia para decirme lo pecador que soy, que el desearte es condenarme, que el entregarme a ti constituye por sí solo la entrada del infierno, eso ya lo sé pero he decidido condenarme, piénsalo, si

te vienes conmigo, no estarás obligado a nada, tengo suficiente dinero para ambos y nunca, nunca, entorpeceré lo que hagas, nunca tendrás que hacer algo que no quieras hacer por ti mismo, sí, no me lo repitas, sí… lo sé de sobras, la mujer y *tutti quanti*, me lo sé de memoria.

Marcio se había sentado en el borde de la cama y ni aún así distinguía Julián sus rasgos. Entonces preguntó:

—¿En serio que te vas?

No obtuvo respuesta. Pero sintió que a través de la sábana se le humedecía la piel del pecho, que enormes lágrimas caían sobre él mientras la cabeza de Marcio permanecía inmóvil.

—¿Te vas? —volvió a preguntar irritado.

—Sí… por favor… —logró decir Marcio.

—¿Para siempre?

—Por favor, Julián, por favor…

Y comenzó a hacer el gesto que Julián estaba esperando.

—¡No me toques!

La mano de Marcio se detuvo en el aire, sobre la sábana, sin tocarla, en medio del cuerpo de Julián.

—¡Te he dicho que no me toques!, ¿me entiendes? —Y Julián se incorporó en la cama, arrellanándose con la almohada contra el respaldo—. Así que te vas, mira tú, vas a condenarte a otra parte, el convento no te basta, te irás a los muelles a que te tomen los perdidos, los parias, sí, es evidente que el convento —en el que, pienso, yo no seré el único— te habrá quedado chico, ¡y tienes el descaro de invitarme!, yo también me iré, eso no lo he negado nunca, pero me iré a vivir de una manera muy distinta a la tuya, y mucho menos contigo, aunque me parece bien que te vayas, que hayas decidido condenarte de una vez por todas, me parece bien, muy bien, de verdad que está muy bien, ojalá te atrevas, ¿te atreverás?

—Sí —contestó Marcio, llorando.

—Entonces, si te vas, si me prometes irte para siempre, puede que, en señal de despedida… sí, no estaría mal, ¿te gustaría, mariquita?

—Por Dios, Julián…

—Ya, desnúdate, sí, completo, desnúdate completo.

Y Julián comenzó a desabrocharle los botones de la camisa, a

deshacerle el cinturón. De pronto se dejó caer sobre la almohada y dijo sin convicción:

—Mejor hazlo tú mismo, desnúdate entero, entonces te pones aquí, sobre la cama, en cuatro patas, agarrado a los hierros del catre, porque te va a doler. Yo cerraré los ojos.

Marcio se sorbía la nariz.

—No llores —dijo Julián— estaba bromeando, no llores, ya sé que eres mi amigo y que te gustaría que nos fuéramos juntos, pero, ¿sabes?, seríamos tan raros, ¿no crees?, como si yo fuera tu marido, ¡oh! sería atroz, ¡ja, ja!, tu marido, y en un tiempo más ¡ja, ja!, cuando hayas crecido, serías como la mujer con barba, ¡ríete, idiota…! ¡ah! no llores, ¡por Dios!, si son bromas para que no llores. Por favor, no llores…

Y Julián sintió piedad, algo indefinido y molesto debido al aspecto patético de Marcio. Éste se había echado de espaldas sobre la cama, a medio desvestir, y lloraba en silencio. En ese momento, lo que más odiaba Julián era su propia excitación, esa extraña escena. Acorralado. Se sentía acorralado.

—¿Sabes que estoy en gracia de Dios? Esta mañana comulgué. No podría hacerlo, ¿entiendes?, prometí no hacerlo más.

—¿Prometiste? ¿a quién le prometiste?

—A Teodosio.

—Puras mentiras —dijo Marcio—, nunca se lo has dicho a Teodosio.

Una luz de peligro se encendió dentro de Julián, una señal que no alcanzaba a descifrar pero que lo hizo palidecer. Escuchó un largo suspiro de Marcio.

—No se lo has dicho nunca a Teodosio.

—¿Por qué te metes en el secreto de la confesión?, de eso no puedo hablarte, es problema mío, Nuestro Señor es el único que lo sabe, y ahora que te vas… porque te vas, ¿no es cierto?

—Sí, me voy.

—Ahora que te vas… a lo mejor… podría confesarme durante la clase de música.

Ya, Julián se sintió caer en ese febril abismo, ese abandono del cual le gustaba ser recogido por Marcio. Dejarle la iniciativa. Que lo hiciera él. Cerró los ojos y alargó una mano: rozó con ella el muslo de Marcio. El colchón crujió. Las manos de Marcio levantaron la

sábana y sintió que una boca deambulaba a lo largo de su sexo, que se le erizaba los pelos de la nuca, que finalmente la boca engullía el extremo, acoplándose a él, húmeda y caliente. Abrió los ojos y lo vio, inclinado vorazmente sobre él. Pensó en un carroñero devorando su presa. Y supo que Marcio había ganado. Lo vio quitarse la camisa, el pantalón, quedar desnudo y blanco, tan bello que lo sobrecogió un golpe de terror. Un delicioso hormigueo le recorría los miembros partiendo del centro manipulado por Marcio. Julián se dijo: sabe que me gusta, por Dios, ¿qué me pasa? y trató de alcanzar el alivio ahí, dentro de la boca, terminar de una vez. Pero Marcio se deslizó a su lado, permaneció inmóvil boca abajo.

—¡Sigue, sigue! —dijo Julián.

—¿Te gusta? Dime que te gusta.

—¡Estás loco!, a ti te gusta.

—Sí, me gusta. A ti no, a ti te gustan las mujeres.

—¿Vas a seguir?

—Dime que te gusta.

—¡Mierda! —exclamó Julián y dio un salto, se puso sobre Marcio advirtiendo una resistencia inhabitual en el contacto—. ¿No te has echado…?

—No.

—¿Dónde está?

—En el pantalón.

Julián se inclinó hasta el suelo y buscó el pomo en los bolsillos del pantalón. Lo abrió y dejó manar una helada lombris en el extremo del sexo. Con los ojos cerrados, sin querer pensar ni saber, ni comprender, se acercó a Marcio, volvió a colocarse sobre él. Cada vez le parecía que el primer momento era una ocasión perfecta para hacerle daño. Empujó con violencia y sintió que el cuerpo blanco y delgado de Marcio se retorcía bajo él. Se retorcía pero era incapaz de liberarse. Julián se dedicó a penetrarlo, dolorosamente, descargando todo el peso del cuerpo sobre la conjunción estrecha y resbaladiza. Lentamente percibió que lo lograba, que iba a medio camino y que nada era comparable, pensó, a ese deleite.

—¡Me gusta! —exclamó—, ¡me gusta! ¡ya lo sabes! ¡me gusta! ¡mierda! eres como una mujer, abre las piernas, abre las piernas —gritó, colocándose en medio y sumergiéndose sin trabas en el cuerpo de Marcio. Ya, pensó, lo he logrado. Se levantó sobre los

brazos y miró la espalda y la cabellera sedosa de Marcio desde la altura, delicadas, frágiles. Como una mujer, se dijo.

—Es como una mujer —musitó.

—¿Qué?

Una mujer, sí, una mujer, mientras se deslizaba fuera, casi completamente fuera, contemplando la operación: el estar casi completamente fuera y el volver a entrar, el salir y el entrar. Una mujer, pensó saliendo, una mujer, volviendo a entrar. Me gusta, ¡mierda!, es una puta, y aceleró el vaivén, enflujo que sentía crecer viniera, viniera, viniera. Es una puta, en un hotel del puerto, y yo soy un marinero, con los ojos cerrados para que la escena entrevista no fuera perturbada por la realidad, y el flujo que sentía crecer viniera, viniera, viniera. Es una puta, pero esta vez no se saldrá con la suya, no lo sabes, pero ahora sí, ahora vas a ver, vas a ver, putita, te voy a matar, con esto, te voy a llenar…, ¡ya!…

—¡Ya! —gritó—, ¡ya! ¡ya!

Y abrió los ojos y se vio con los brazos aún tensos sobre la cama. Y vio a Marcio, a Marcio ¡Dios mío! Una ola de bilis se le acumuló en la boca, rebalsándosela, cayendo sobre la espalda blanca, formando un laguito verde a la altura de la cintura. Saltó de la cama y tomando los pantalones de Marcio se los arrojó a la cabeza. Antes de hacer lo mismo con la camisa, se limpió el sexo con ella dejándole trazas de grasa y de semen.

—*¡Fous le camp!* —gritó—, *¡fous le camp!*

Cuando Marcio abrió la puerta para salir, llevaba los pantalones y la camisa a medio poner. Se deslizó fuera y Julián sintió el peso de la penumbra sobre su cabeza, estallando como una granada dentro de su cabeza. Miró la cama en desorden y se miró desnudo, con el inerme sexo prolongándose fláccido delante de él. Cayó de rodillas y hundió la cara en la almohada.

A las cuatro, el mocho vino a despertarlo, pero Julián estaba vestido, muy pálido. Había hecho la cama y se había sentado en ella, peinado y con una expresión de espectro en el rostro.

—¿Está enfermo, niño?

—No, pero me duele la cabeza.

La mano del mocho, enorme y áspera, se apoyó sobre la frente

de Julián.

—Es sólo el calor —dictaminó—, voy a darle una aspirina.

Recorrieron juntos, en silencio, los sombríos corredores hasta el botiquín. Allí el mocho le dio media copa de un licor oscuro y una aspirina. Julián se sintió consolado. Pensó en su madre. De nuevo quiso retroceder en el tiempo y alojarse en los momentos más tibios de su infancia. ¿Qué había pasado? Entre un momento y otro, entre esa mañana llena de proyectos y de luz, en la que nuevamente se había visto como alguien no despreciable, y este momento muerto, había sucedido… ¿qué? No lo sabía.

A media tarde, el calor se había acumulado hasta en los rincones más sombríos del convento. Un aire espeso discurría lento por los corredores en la hora en que los muchachos despertaban de la siesta y se distribuían por las salas y patios. Se los veía pasar, cada uno acompañado por su mocho, con un violín, con una raqueta de tenis o vestidos con equipo de fútbol.

—Niño, si no quiere ir a la clase de música… —dijo el mocho.

—Sí, quiero ir. Ya no me duele.

—Vamos, entonces. Venga.

Pasaron a recoger las partituras al armario de Julián. Al abrirlo, los ojos de nuestro héroe tropezaron con una pequeña fotografía pegada con dos chinches en la puerta: su madre, con una enorme pamela de organza, lo tiene rodeado con los brazos. A su lado está uno de sus perros. Más atrás, la silueta parcial y desenfocada de un caballo junto al río. Julián sintió un nudo en la garganta. Para no llorar, buscó las partituras, las ordenó. Cerró el armario.

Entró precedido por el mocho al salón de música, caminando con el paso debido, solemne, y los ojos bajos. Lo primero que lo sorprendía era el olor: un perfume pesado a madera y humo de sándalo, a tabaco rubio y a lavanda. El humo de sándalo lo había visto salir muchas veces del extremo de unos palitos sobre un pebetero. El tabaco provenía de los cigarrillos turcos que fumaba Teodosio. Y la lavanda, de todo su cuerpo: cuando lo confesaba —Julián se arrodillaba en el suelo mientras el sacerdote permanecía sentado en una butaca baja—, todo el cuerpo del confesor exhalaba un vaho a lavanda tibio e inquietante. Sin embargo, ese aroma conformaba, junto con los otros, la atmósfera entera del salón, donde Teodosio tenía su estudio, su biblioteca y donde impartía las

clases de música. Allí todo era distinto: atrás quedaba el mundo desnudo de la piedra y de la cal, el mundo carente de adornos, en el que cada objeto cumplía una función primaria. La pequeña puerta de roble empandada, de barniz pardo con visos bermejos, era el comienzo, sólo el comienzo de un universo estrictamente reservado a los monjes: su pulido anunciaba una opulencia sensual inimaginable en el exterior. Salvo para las clases de música, los pupilos accedían a él cuando la situación era calificada de «grave» o «decisiva». También allí se recibía una vez al año a los notables que traían a sus hijos y que además aportaban los obsequios de los que vivía el convento, las cosechas o los vinos, en el caso de los agricultores, los paños, las especias o enseres, en el de los comerciantes. Un mundo cálido, revestido de madera, alfombras y tapices, con penumbrosos cuadros y muebles de superficies suaves que convertían la luz en una burla de sí misma, apresándola, reenviándola tamizada a través del polvo sin peso. Al entrar se rompía la visión empobrecida y austera reservada al estudio y al culto, se abría el ambiente cargado ya descrito, en el que también Julián identificaba el olor a sotana, ese olor que despedía su mocho cuando, transportado y fervoroso, tomaba la cabeza de Julián y se la acercaba al pecho, emitiendo rezos guturales y temores por la improbable entrada de su pupilo en el Paraíso. Era el mismo olor, aunque en su mocho había que agregar el sudor y la comida rancia: después de mantener apretada la cabeza de Julián contra su pecho, le tomaba la barbilla dirigiéndole el rostro hacia arriba, echándole los efluvios de su aliento fétido. Sí, en el salón de música había ese olor pero sin los vapores que rondaban y se incrementaban entre los faldones pestilentes de su mocho. Aquí estaba mucho más mitigado, mezclado a otros olores, disuelto en el aire sombrío y suntuoso de las estancias.

El mocho preparó las partituras sobre el atril y desenfundó el cello. Después de aplicarle pez de Castilla al arco se fue, dejando a Julián de pie, esperando que Teodosio se incorporara del escritorio.

—*Allez-y, mon enfant, allez-y* —dijo el sacerdote sin levantarse y sin mirarlo.

Julián se sentó. Tomó el cello y pulsó las cuerdas para desanquilosar los dedos. Recorrió el mástil de arriba abajo, aplicó levemente el arco, haciendo surgir las escalas, no demasiado hábiles

y aún así tan cálidas como la voz humana. Siempre se asombraba de ese sonido cóncavo, profundo y gutural del cello, que parecía salir de sus entrañas, comunicándole los tonos del amor o de la confidencia. Se esforzó por manifestar una falsa destreza puesto que en toda la semana no había repasado los estudios ni el arreglo fácil de la suite N.º 5 de Bach. Con terror abrió la partitura e intentó acometer el primer acorde. Pero no consiguió ni el tiempo ni la melodía: apenas una mezcolanza de ruidos descuidados que transformaron el orden musical en un caos que él mismo reconoció como intolerable.

—Es Do menor, Julián, Do menor, por Dios —dijo Teodosio desde su asiento.

Julián levantó el arco y miró desolado hacia el escritorio donde Teodosio continuaba escribiendo.

—Pero dejémoslo —dijo mirándolo por primera vez—. Dejémoslo. Ya el hermano me ha dicho que no te sientes bien. Ven —dijo levantándose—, sentémonos aquí, cerca de la ventana.

Julián obedeció, se apoyó apenas en la punta de una silla. Teodosio se arrellanó en una *bergère* y procedió a encender un cigarrillo, fijando sin pudor la vista sobre Julián como si pudiera descubrir en él algo más que la apariencia. Julián bajo los ojos: los dirigió a la punta de sus botines.

—Y bien, *mon ami* —dijo el sacerdote—, es primavera. Se estudia menos y uno cree morir. No tiene importancia. No te voy a amonestar. Estás en la edad del sueño y me basta recordar cómo fueron los míos para apiadarme de ti. Es precisamente en esta edad cuando uno sueña con quimeras y se olvidan los deberes primordiales del cristiano. Las tentaciones son fuertes, más ahora en que los menesteres de tu cuerpo se confunden y exacerban con la imaginación. ¡Ah! ¡el mundo, el mundo…! Las virtudes de la infancia, ¡qué lejos están! Pero lo importante ahora es no ceder, no creer en los espejismos que el demonio pone en tu mano cada vez que te tocas o piensas en otros cuerpos vistos con los ojos del astuto. Eso no existe. Sobre todo no creas que fuera de aquí hay alguna dicha perfecta, que fuera del Señor se encuentran brazos que nos sostengan. En el fondo siempre he deseado ver en ti la vocación de servir a Dios. Tu pureza haría deseable el sacrificio de tus sueños, que deben pertenecer por encima de todo al Creador.

Mírame, Julián —dijo Teodosio tomándole la cabeza y dirigiéndola hacia él—, dime si amarlo a Él no es mejor que cualquier otro amor. ¡Ah!, callas, *¡malheureux!*, provocas con tu silencio la impaciencia divina. Soy tu confesor y puedo exigirte la verdad. Es decir, puedo dejar de hacer oídos sordos a tus confesiones sacrílegas y conminarte mediante la excomunión a una confesión general. Durante mucho tiempo he desestimado las omisiones, esos, digamos, olvidos que sufres a la hora de confesarte. Porque eso son, olvidos… No les demos importancia, no tomemos en cuenta esos olvidos. Aunque sin aventurar teorías o dudas acerca de tu virtud, debes saber que estoy al tanto de algunos saltos de tu memoria, poco importantes, es cierto, pero suficientes para sospechar un fondo oscuro en tu alma. No temas, cálmate. Esta charla también pertenece al secreto de la confesión. Y si tú has omitido algunos hechos que conozco, puesto que también soy confesor de Marcio, debe deberse a la poca importancia que les das. Tienes razón, no la tienen y estoy de acuerdo en que los hayas olvidado. Por fortuna esos hechos también pertenecen al amor a Él. Otra cosa sería que las tentaciones del mundo o la mujer hubieran hecho presa de ti. Al comienzo hablé de sacrilegio porque todo silencio confesional debe hacer suponer un deliberado deseo de engañar y lo *qui aurait pu arriver entre Marcio et toi* podría parecer lo que en verdad no es, a saber, un conjunto de actos deshonestos que deberías haber confesado. Pero no: por modestia o candor los has callado, haciéndome sospechar de otras omisiones que, ésas sí, podrían revestir pecado grave. ¡Julián! ¡Julián!, es hora de abrir tu corazón y contarlo todo. Dime ¿no te habrá ocurrido lo mismo con alguna mujer? Lo que humildemente Marcio me ha narrado debes contármelo tú. Para que sientas el alivio de tu corazón En fin, veamos: desde cuándo, cuántas veces, dónde, como…

Y mano de Teodosio resbaló desde el pelo de Julián donde había permanecido, hasta el cuello, hasta llegar al ángulo formado por éste y el hombro, comprimiéndoselo suavemente.

—*¡Assez Monsieur!* —exclamó Julián poniéndose de pie lleno de ira—, *vous osez trahir le secret de la confession. Je suis bien au-dessus de vos insinuations. Vous ne vous souvenez point qui je suis. J'obéis, je trayaille, je ne suis pas un pêcheur. Pas moi. J'enverrai aussitôt un message à ma famille*.

Dicho lo cual, Julián le volvió la espalda y se encamino hacia la puerta de salida, sintiendo, mezclado con el furor y la vergüenza, un orgullo nuevo casi festivo, un orgullo finalmente digno del héroe que amaba.

Capítulo Octavo[3]

Las únicas razones de una mujer como yo, pensó Reina todavía abrazada a Julián, para estar a su lado es que acaso la verdad se encuentre más en la carne, en el temblor que me hace desearlo cuando no lo tengo, cuando trabajo, que en los pensamientos, en las conjeturas sobre lo que soy, sobre lo que es él y, más aún, sobre lo que somos ambos, si estamos bien amarrados, si vamos a alguna parte, si me importan las razones que pueda tener, o no tener, para estar conmigo. Esa zona, misteriosa y vaga, que yo llamo mi realización, no me viene de él, ni por tanto del hijo que pudiéramos tener. Me he resignado a verlo como un complemento de lo que de verdad me importa: el trabajo diario, la satisfacción de cambiar de paisaje, el decorado y los actores. En este sentido, Marcio es más valioso para mí; Marcio es más valioso porque de él depende un poco el mundo que me sostiene y que heredé de mi padre; de mi padre y de ese hermano que murió demasiado pronto. Si Julián no se realiza, si no puede acceder conmigo al mismo arrebato, yo, sola, no seré más desdeñable que cualquiera otra persona. Si él lucha o no lucha, si las razones que tuvo para reducirse a la reserva o al silencio se deben a una perfección secreta o a un fracaso, son para mí incógnitas que he renunciado a conocer por la misma razón que dos náufragos luchan a muerte por un único madero. Yo no puedo hundirme, aunque tampoco deseo que se hunda él. No tengo la menor intención de perjuicio: esto supondría un odio que no merece. Por las razones que fuere, es él el que ha fracasado en el amor, no yo; es él el que se hunde en la oscuridad, esperándome, es cierto, pero muerto, muerto. Lo veo en sus ojos muertos, en la penumbra que lo rodea, en la cautela irritada con que trata a Marcio. Hace diez años yo era una niña y él un pobre niño ingenuo.

Pero me enloquecía su contacto. En ese tiempo lo odié porque lo amaba demasiado. Me hizo daño, el delicioso daño del apremio y la saciedad. ¡Ah!, en aquel carromato no había paz. Ya no hubo paz cuando descubrió que su pobre amor tenía una respuesta. Al alboroto que provocábamos durante el día, él persiguiéndome hasta que me cogía, poseyéndome sobre los muebles, en el suelo, dominándome con sus brazos todavía infantiles pero fuertes, penetrándome con un dolor tan agudo que me parecía que iba a dividirme en dos, desperdigada sobre los cojines, seguía el sigilo con que lo hacíamos durante la noche, mi espalda pegada a mi hermano dormido, y él enfrentado a mí, con los ojos cerrados, aproximándose pausadamente, apoyando primero el extremo del sexo en el vértice de mis piernas, dejándolo allí durante un rato hasta que yo sentía la humedad manar de mí, luego la cautelosa frotación, finalmente el lento y casi imposible alojamiento, lento, imposible, pensaba yo, porque a la tensión que existía en la zona de enlace, debía unirse un desmadejamiento de los cuerpos aparentemente dormidos. Empalada, entonces, quieta, dormida, no podía gritar, no podía aullar como la bestia que yo era en esos momentos, el animal feroz y desatado del día, no podía arañarlo como durante el día, ni reprocharle ni insultarlo. Permanecía inmóvil, y él también, toda la noche, así, con nuestros pubis encontrados y las olas de fuego que una y otra vez subían por mi garganta; sólo con que esa zona se agitara un poco, sentía que el fuego me ahogaba, y debía callar. Callar ¡Dios mío! ¿cómo pude hacerlo? Julián se dormía, dentro de mí, a mi disposición, colocado ahí para que a la menor alteración de los cuerpos, a la más ínfima presión de la espalda de mi hermano contra mi espalda, me inundaran las más enloquecedoras suposiciones: que iba a morir, a desbaratarme como un fuego de verano sobre aquella cama. Pero no fue durante las noches, en que él dormía endurecido dentro de mí, sino en los violentos encuentros diurnos, cuando me di cuenta de que él no se satisfacía, que era yo la que debía desistir, pedir misericordia, mientras él reía y me besaba y se paseaba como un fauno festivo a mi alrededor. Él me besaba con una ternura que yo, saciada como estaba, era incapaz de sentir. ¡Qué extraño! Parecía feliz… era feliz… nunca se quejó de que yo no lo satisficiera.

Como ve, Reina consideraba a Julián un niño ingenuo, un poco

dupe. Marcio, en cambio, pensaba que era cruel, despótico y miserable. En aquella época sólo la presencia de Mischa, el hermano de Reina, ponía la suficiente armonía como para que el odio no explotara con toda su virulencia entre los dos amigos. Marcio había optado por el silencio, sabiendo a cada momento que su mera presencia enfrentaba a Julián con la parte que él más odiaba de sí mismo. Trabajaban juntos, en la tramoya, viendo cómo Reina y su hermano desplegaban su arte en las alturas, como recibían los aplausos del público, mientras ellos manejaban cables y poleas, movían pesados instrumentos, vestidos con los oscuros uniformes de los que ayudaban, con su anonimato, al esplendor del espectáculo. Cuando Marcio advirtió, al día siguiente de llegar al circo, la singular y dolorosa felicidad que invadía a Julián, supo que las cosas andaban mal para él y que no era Mischa su objetivo —en cuyo caso y en razón del parecido de ambos, habría sido Marcio el elegido—, sino Reina, la pequeña Reina. Ya me referiré en su momento a este asunto de los parecidos, centro y pivote de mi narración. Por el momento, baste con saber que era Reina la causa de la dicha de Julián y que él, Marcio, no sería en adelante ni siquiera un objeto de odio, puesto que a partir de aquel cambio, no sólo se terminaron los bochornosos e iracundos contactos entre ambos, sino que Julián adoptó incluso una actitud dulce, despegada, etérea, en la que él desaparecía traspasado por una mirada fija más allá de su rostro. En verdad, lo que Marcio odiaba más, no era Reina, sino esa felicidad que le arrebataba el odio de Julián. El valor del odio —pensó entre los vapores del cognac, adivinándolos en la oscuridad, detrás del biombo—, su violencia, su arbitrariedad, era infinitamente mejor que esa horrible disolución en la dulzura, en el perdón. Acaso yo lo amaba porque era culpable, porque se sentía culpable de amarme y de odiarme. Pero ya no lo tendré. Ha muerto. Ni la más delgada tela me separa de la condenación. Los he oído en la oscuridad y el amor que sentía se ha trocado en piedad. ¿Qué me hizo amarlo, por Dios? Entró, acompañado de sus padres —seres altivos y esfumados en un aura de gasas y perfumes—, se asomó al patio principal, rodeado de un cortejo de monjes. Recuerdo su traje de terciopelo, el cuello de encaje, las medias de seda, los botines de charol. Doblaba un pie, aburrido, y se pasaba la mano por la frente, apartando los rizos

rubios. Entonces corrí a mi cuarto y allí, en el espejo, frente a mí, estaba él, yo, una ilusión. Me aparté el pelo negro con ambas manos y me sonrió, mi hermano, mi amor, yo o él, la verdad, el bien, la absolución. Después, él también se sorprendió de nuestro parecido: algo cambió en su arrogancia, un rictus de sonrisa. Pero él era como el acabado de todo lo que en mí era basto y tenebroso. Nuestro parecido se fue diluyendo. Julián terminó por transformarse en lo que yo quería ser. Trataba de alcanzarlo, de corresponder con todo lo que en él era movimiento justo, ritmo, civilización. Mas mi sonrisa a su lado era una mueca y mi físico una afrenta. En esa edad, en que todos queremos poseer de alguna manera los rasgos de la virilidad, él los exhibía sin pudor. Ese punto sensible como ninguno lo quise para mí, devorarlo, quise devorarlo: representaba el único objeto al alcance en aquel universo intacto, la parte por la que la estatua podía caer. Cuando cayó, cuando la natural propensión a la flaqueza hizo presa de él, noté que no por eso me adueñaba de sus formas. Lejos de ello: volvía al pedestal, más alto e inalcanzable que nunca porque lo que en un principio era desdén se trocó en desprecio. Ni una brizna de su ser pasó a mí. No poseí nada, nada. El vacío y el fondo, negro. ¡Y Teodosio que creía poder doblegar aquella espalda temible! La única explicación que se me ocurre es que él pertenece a esa clase de seres cuya perfección debe coincidir con todas las ortodoxias y las reglas: es rico, bello, inteligente, cristiano, es blanco, es varón, es europeo. Debería haberse casado con una mujer también rica, bella y cristiana. Para tener hijos igualmente notables. ¿Cómo entonces no entender que todos estos años —la aventura, como él dice— no sean un peso intolerable para él? ¿Cómo aceptar dentro de su ser una excrecencia como el amor que yo le he dado? ¡Dios! entiendo, entiendo, me repito que lo entiendo y no encuentro en el fondo de mí más que pasmo y terror. Yo lo acechaba, siempre, lo acechaba siempre. Después de la siesta se cambiaba de traje: sólo con pensar, con imaginarme el momento de su aseo, solo, desnudo y eligiendo la muda, los pantalones, la camisa, temblaba como un infeliz frente a un portento. Y seguía, revolvía esa sensación y esas imágenes como un cuchillo en mi herida: lo vestía, lentamente, sentía el tacto blando de las prendas rozando su cuerpo: la ropa interior, los pantalones de lanilla o de lona, la seda de la camisa. Recorría una a

una las partes de su cuerpo: las enormes manos, el pecho de magnolia, entrevisto a veces cuando la violencia del juego le abría la camisa, perfecto, suavemente esculpido, la cabeza, violenta y embelesada, pequeña, cabalgando sobre la armadura del pecho, unida a él por un cuello tan fuerte, que lograba sostener su soberbia. Lo veía entero y por partes, lo alejaba y lo acercaba a mi corazón, me dormía con él, sospechándolo en la cama, seguro, vencido por el cansancio, confiado en que para vivir mañana, él no tenía más que seguir el camino que la naturaleza y su nombre le mostraban. Pero en esto me equivoqué. Y, de verdad, me hubiera gustado tener razón: que no hubiera accedido a nada, que ni hubiera huido conmigo, que yo hubiese sido indigno de él, y que no se contentara con los abrazos de Reina.

—Parecías feliz —dijo la voz de ésta en la penumbra.

Marcio no se movió.

—¿Crees que duerme? —preguntó Julián.

—¿Marcio? No sé.

—He estado pensando en él.

—Parecías feliz —repitió Reina.

—¡Basta, por Dios! Yo he sido feliz, con nadie he sido feliz sino contigo, y nadie te ha visto ni te verá como yo, te lo he dado todo, ¿no lo ves?, me gustaría detener el tiempo ahora y que sintieras la mitad de lo que yo siento, no hablo del amor corriente ni de la felicidad corriente, tú eres, debías ser, otra cosa, una mezcla de diosa y madre, el objeto de un amor divino, el otro amor, que se derrumba con el tiempo y la naturaleza, que se sacia y muere en el placer, se lo dejo a los mortales, no es para ti que eres reina, diosa, el centro de mi templo, que eres la eternidad, así no moriremos nunca, nunca morirás para mí, sin saciarme, continúas siendo lo más anhelado, la primera mujer, el primer día, la primera mujer y la última.

—Y Marcio, ¿sabías que te amaba?

—Sí —contestó Julián.

—¿Lo sabías?

—Sí —volvió a decir—. Y eso es lo intolerable, conocer ese tipo de amor. Tu amor, a fin de cuentas, es igual.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—Desde siempre.

—Me dijiste que estabas pensando en él…

Marcio contuvo la respiración.

—Estaba pensando…

—¿Sí?

—… en que algún día me pedirá que lo mate.

—¿Y…?

—No puedo soportarlo.

—¿Por qué?

—De alguna forma sería como matarme a mí mismo, a esa parte horrenda que hay en mí, la parte que muere.

—Estás loco.

—Sí, pero como no lo amo, no puedo matarlo.

—Y a mí dices que me amas y no me deseas.

—Te deseo siempre.

—No, Julián, pero puedes matarme. ¿Lo deseas a él?

—¡Qué pregunta!

—Lo deseas, deseas a Marcio.

—Reina —susurró Julián—, te deseo a ti, nada más. Yo nunca te he reprochado el que tú, en un momento, harta de mí, saciada, no me desees. Es tu manera de amar. Hay instantes en que te causo horror. En cambio, yo, al no satisfacerme, te deseo siempre.

—¿Te das cuenta de que estás loco?

—Loco de remate, sí, porque no soy igual a ustedes.

—¿Ustedes?

—Tú y Marcio.

—¡Ah…!

—¿De qué te extrañas? Pero tú eres la mujer.

—Eso, de eso me extraño.

¡Mierda!, pensó Julián.

—Mátame, Julián, ¿por qué no me matas? Deberías matarme cuando…

—¡Chit!, no hables.

—Es extraño, Julián. No puedo creerlo.

—¿El qué?

—Que seas distinto, que en apariencia en ti todo vaya por caminos extraños; por ejemplo, que no te hayas servido de mí, o de Marcio; ese poder, ¿no te asusta?

—Nunca lo he querido.

Marcio escuchó un golpe en la puerta.

—¡Reina! —dijo una voz—. El administrador. Te necesita.

—Voy —contestó. Y a Julián—: Estoy atrasada. Hay que despertarlo. Iré a ver cómo está todo.

Los ruidos que siguieron le indicaron a Marcio que Reina se incorporaba, se vestía. La puerta se abrió y por entre los párpados semicerrados vio cómo la luz de los focos inundaba el interior de la *roulotte*. La cabeza de Julián sobresalía por detrás del biombo.

—No te preocupes —dijo—, yo lo despertaré.

Una vez la puerta se cerró tras Reina, Julián se volvió medio enceguecido hacia la cama donde dormía Marcio. A tientas llegó hasta la *coiffeuse* y subió la luz. Desde allí observó a su amigo, escrupulosamente, en silencio. Lo imaginó fijo en el fondo de un paisaje, lo creyó muerto. La sensación de fracaso lo llenaba, aumentando su lejanía y su soledad. Tanto había vivido el estado de los ángeles que había terminado por creer en él. Sintió miedo al pensar que tal vez no podría volver al mundo humano, que aquellas desaparecidas sensaciones de su infancia no lo conmoverían más. Esto es lo que he hecho de mí, pensó. He alcanzado la perfección que siempre he tenido en la cabeza. Ya no me muevo. Estoy muerto. Reina tiene razón.

Marcio lo veía allí, helado como una estatua, fijándolo con sus ojos de fuego. De pronto se movió. Julián avanzó lentamente hasta el borde de la cama. Sin verlo ya, pues había cerrado los ojos del todo para que no advirtiera su vigilia, sintió que las manos de Julián apartaban la manta, se apoderaban de sus hombros y, delicadamente, le bajaban la malla negra, la hacían deslizarse por todo el cuerpo, dejándolo sólo con el *soutien* que le protegía el sexo. Le pareció que no era Julián el que lo desnudaba, sino el aire, el escalofrío del aire.

Julián lo miró: la cabeza sobre la almohada, el cuello tenso, la piel satinada y brillante sobre los huesos del pecho. Blanca. Pese a los años transcurridos, el cuerpo de Marcio conservaba la delicadeza de la infancia. Era el mismo Marcio del convento. Julián se alarmó ante esta incorruptibilidad. No tuvo más remedio que admirar la cabeza dormida, las ondas de cabello negro cercándole el rostro traslúcido, los hombros, el oscuro musgo de la axila. Sintió una incontenible excitación, sin odiarse ya, entregado a ella con el

mismo candor con que la enfrentó la primera vez. Se desabrochó e inclinándose sobre Marcio le cogió la cabeza, le penetró la boca, viendo cómo éste abría los ojos y volvía a cerrarlos para concentrarse impunemente en aquel sorprendente final.

El olor sexual de Julián le sofocó la nariz y le produjo arcadas. Marcio creyó estar soñando. Ahora conocía su poder, estaba persuadido de que por poco que él hiciera, Julián obtendría la recompensa prevista. Este pensamiento se vio interrumpido por el violento desenlace, y Marcio tragó, tragó, deglutiendo la blandura que lo inundaba y que no parecía tener fin. Tragó y pensó que aunque fuera el último acto de su vida, todo se hallaba compensado, que había hecho bien en esperar a que aquella verdad se impusiera por su propio peso.

Capítulo Noveno

Es probable que Julián se encontrara violentado entre la sórdida situación del convento —los requerimientos de Marcio, la insólita y repugnante escena con Teodosio— y la limpidez de sus planes, el sueño mental de una felicidad perfecta. Le he dicho ya que Julián soñaba, más por escapar a la corrupción de la piedad, al olor repulsivo de la reserva, que por una inclinación natural, adolescente, a la fantasía. En el fondo, Julián era un realista: aspiraba a la aventura por contraste. Así como los lugares donde campea la desdicha, por ejemplo el convento, tienen el privilegio de poseer ciertas zonas donde se desatan la pasión, la vehemencia, el asombro, así también, en Julián, debido a la asfixia y al aburrimiento, se agigantaban los modelos heroicos de sus lecturas. Por lo que sé, Julián nunca abandonó del todo los sitios de su infancia. Le habrían bastado sus perros, sus arreos de pesca y algunas novelas, para que sus desatinados proyectos de huida no hubieran tenido lugar. No me voy a engañar: nuestro héroe habría cambiado su epopeya por una banal y plácida existencia campestre. Pero encontró la dimensión heroica luchando contra la virtud y contra los excesos que la acompañan. De propio, sólo poseía la belleza y Marcio se engañó cuando creyó que ésta debía estar acompañada por todas las demás excelencias. Existe la duda de si las cualidades que Marcio le atribuía a Julián le pertenecían de verdad o sólo eran una prolongación desmedida de los antojos del amor. Aunque saber esto no es demasiado importante. Trato de conducir la anécdota por la derrota de la ficción, es decir, de lo contado, olvidando muchas cosas, por ejemplo, lo que Marcio vivió después de salir del cuarto de Julián, o el estupor de Teodosio al ver cómo éste se escapaba. Tantos sentimientos dispersos, tantos

momentos no descritos ni dichos, que podrían formar más de una novela, y que mientras yo no se los cuente permanecen como voces o fuerzas perdidas y despilfarradas. No se puede contar todo y yo abuso de su paciencia.

Al salir de la sala de música, Julián pensó que debía acelerar su partida, que el convento había tomado una forma descabellada y fatal. Sentía el peligro. Imaginó sutiles lazos entre las maquinaciones de Teodosio y la silenciosa vigilancia de Marcio. Una conjura, se dijo. Corrió por los pasillos hasta la sala de estudios, en la que irrumpió con el aplomo que dan el enojo y la desesperación. Tomó un sobre de hilo, adornado con el monograma de su casa, escribió las señas e introdujo en él un papel en blanco. Ostensiblemente le pasó la lengua por la parte engomada y lo cerró. Después, tranquilo, caminó hasta el vestíbulo y lo depositó en la bandeja de plata destinada al correo de los pupilos. Así, si Teodosio quería averiguar, sabría que él había cumplido su amenaza.

Encontró a su mocho en los comedores de servicio. Se puso de pie cuando él entró, abalanzándose casi para preguntar qué pasaba, si todavía le dolía la cabeza. De forma cortante le dijo que quería vestirse, adelantarse así a sus compañeros en la preparación de la ida al circo. El mocho se limpió la boca y las manos con un estropajo, abandonó su comida y se encaminó con él hacia el dormitorio. Como otras veces, trató de llevarlo de la mano. Pero ya sabemos, porque se lo he dicho[4], que Julián había crecido a lo largo de ese día, que el niño frágil y piadoso de la mañana se había transformado en un hombre en peligro. Por esto no aceptó, rechazó de un tirón, la mano del mocho. Se adelantó a él, gozando con el espectáculo del asmático que trataba de alcanzarlo. Cuando entraron en el cuarto, Julián se tendió en la cama esperando que el mocho dispusiera la ropa que iba a ponerse: el traje de terciopelo, la camisa de batista con cuello de encaje, la muda blanca, los botines de charol. Al finalizar, le preguntó como siempre si quería que lo vistiera. Como siempre también, Julián se negó. Esperó a estar solo.

Si Dios me abandona, pensó con decisión, no tengo más remedio que aceptar las propuestas del diablo. Y le parecieron lejanas las prevenciones de la mañana, su miedo a caer en las tentaciones del mundo y de la carne. Prefirió abandonarse a ellas. Quizás aceptándolas dejarían de tener su aspecto tenebroso. Consintió

entonces en que las imágenes lo inflamaran, les abrió la entrada de par en par, para que no sólo pudiera vislumbrar ciertos resquicios, algunas formas abultadas, redondas, profundas y cálidas, como siempre; fue más allá: se presentaron de cuerpo entero, con rostros conocidos, algunas amigas de su madre, una sirvienta orinando detrás de un seto, en toda la gloria de su inocencia y su impudicia. La erección lo clavó en la cama, era como una masa más pesada que todo su cuerpo, que lo impelía a reptar, a pegarse a la tierra para perforarla. La sensación de siempre: el flujo de la sangre en las sienes, en la garganta, el cosquilleo de la piel trémula, la contracción espasmódica de los esfínteres. Lentamente se abrió la camisa, acariciándose la punta endurecida de las tetillas; se soltó el pantalón y el calzoncillo y los hizo bajar hasta la base de sus piernas. Pero no podía seguir. Cada movimiento le arrebataba un trozo de delicia. Desatarse los botines para quedar desnudo, con la hermosa perspectiva de revolcarse así sobre las sábanas, de permanecer boca abajo imaginando de lleno los objetos carnales que constituían la llamada final, era mucho más de lo que podía, físicamente, realizar. Permaneció mirando el techo, con el peso del sexo pegado al vientre. No podía tocarse, abarcar con su mano el diámetro endurecido de ese estrafalario y desproporcionado objeto de piel y sangre. No se tocó. Pero salió de la cama, se quitó la camisa y los botines, apoyó los pies desnudos en las baldosas frías. De este modo hizo huir el ruego apremiante de las imágenes y constató que con esa huida se aflojaba la presión del bajo vientre: el sexo vibrante y encabritado comenzaba a ceder bajo su propio peso, caía hacia adelante y abajo, parecía arrastrarlo hacia un punto fijo del suelo. Poco a poco se fue calmando, la respiración adquirió su ritmo normal y pudo desplazarse hasta el lavatorio. Lo llenó de agua y se roció todo el cuerpo. Apoyando las piernas sobre el borde de porcelana, se echó agua fría en el sexo, en el vientre y en el pecho, se inclinó para sumergir toda la cabeza. Tomó la toalla y se friccionó la piel hasta hacerla enrojecer. Después, pacientemente, se vistió. Primero, la camisa: cerró uno a uno los botones de nácar, cuidando de que coincidieran con los ojales. Prescindió del calzoncillo: la operación de pasar los tirantes del suspensor por las cintas para fijarlos a los botones del pantalón era demasiado penosa. Además, su recién estrenada libertad le permitía transgredir

una norma más dictada por el pudor que por la higiene. Sabía que el contacto directo de su cuerpo con el pantalón provocaba, primero, una visión desvergonzada, muy acorde con su decisión de avivar las tentaciones del demonio en los demás, luego, un constante estímulo debido al roce que le causaba la holgura de la prenda. Se puso, pues, el pantalón solo, regocijándose al observar en el espejo el tamaño del entrepiernas. No sabía por qué pero así se sentía más seguro, circunspecto, se sentía hombre. Terminó su arreglo con las medias blancas hasta la rodilla, los botines de charol y la chaqueta. Se cepilló cuidadosamente el pelo.

Al salir de su cuarto y sentarse en un banco del patio de formación, advirtió en la mirada de sus compañeros una expresión de bochorno y estupor que respondía perfectamente a sus designios. Si en ellos provoco lo que me he propuesto, pensó, si no pueden mirarme sin sentirse disminuidos y admirados, ¿qué será cuando encuentre a la que me está destinada? Le gustaba tomar las formas del tentador, con las piernas levemente separadas para realzar sus peculiaridades, los ojos vagos y azules deambulado por encima de las cabezas asombradas. Por pura complacencia esperaba que apareciera Marcio. Lo vería nuevamente humillado, se regocijaría así de poseer algo más que la virtud: le haría ver que también él había decidido condenarse.

Sonó la campana y los muchachos fueron colocándose en las filas. Pero Marcio no aparecía. Julián hizo un gesto de disgusto y se encaminó a ocupar su lugar. El prefecto hacía guardar silencio. Al fin, cuando las recomendaciones para enfrentar la calle y el mundo fueron hechas, apareció Marcio corriendo, sin aliento, con uno de los zapatos desatado. En la fila se anudó disimuladamente los cordones. Miró a Julián y sintió un terrible dolor en el pecho: de nuevo se le parecía, era la copia de aquel primer Julián, cuando lo vio acompañado de sus padres. En alguna parte usted escribió que la contemplación de la belleza es uno de los tres medios para llegar a Dios. Pero cuando Marcio vio a Julián en la fila creyó hallarse ante la forma más elocuente y corporizada de lo diabólico. Volvían a parecerse porque algo se había transmitido entre ellos. El ángel reinaba ahora en su tiniebla. Los cabellos de Julián eran lenguas de azufre. Le había arrebatado su lugar en el infierno.

Si hay algo que me interese consignar, es decir, que usted se

encargue de escribir, es la mutación de Julián, desde las honduras de la infancia hasta la súbita epifanía de su masculinidad. Ese día fue clave para Julián, o lo fue *a rebours*, mirado desde aquí. Todo mi relato ha señalado ese día como el de su gran salto, no como resultado de mi capacidad premonitoria, sino en cuanto señaló, en la realidad, el punto de partida de su aventura. Hoy sabemos que huyó del convento por razones librescas y, también, por infundados temores acerca de sus actividades sexuales. Una de las cualidades de la belleza es que puede justificar la estupidez con argumentos poderosos. Nuestra reacción atávica, de estupor, ante ella, nos lleva a confundir su propia índole con capacidades que le son ajenas, por ejemplo, la fuerza para llevar a cabo los planes futuros, la conquista del éxito. En cuanto a Marcio, podría decirse lo contrario. El amor provocaba en él el único movimiento humano carente de autodefensa. Ya no pensaba en él, y la condenación le parecía justificada puesto que si él no importaba, no era él el condenado: era apenas la situación que vivía, el amor mismo, lo que podía fracasar. Ésta es la causa de que lo veamos dispuesto a todo, salvo a continuar viviendo en el convento. Porque también sabía que Julián deseaba lo mismo. Cuando lo vio en la fila, vestido como el día que llegó al convento, pero despojado ya de los motivos de la virtud, supo que ambos habían decidido abandonarlo todo.

A Julián lo sorprendió el perfume de la calle, cansado, denso, el perfume colonial a arrope y paja de la ciudad provinciana. Aún no era verano: la humedad del puerto no había penetrado por las calles estrechas; permanecía detenida sobre las casas como una bruma a punto de abrasarlo todo. Ahora, en cambio, se podían distinguir perfectamente los objetos: la materia de mi libertad, pensó. ¿Un barco, quizás? Es posible que un barco me tome para llevarme a otros puertos; al anochecer zarparemos cargados de azafrán y me acurrucaré en mi litera y pensaré; acurrucado en mi litera me diré que el trabajo del día no ha sido nada, pues mañana llegaremos a un puerto donde encontraré el objeto de mi búsqueda. Ella me consolará si estoy triste, si se me ha ocurrido pensar en mi madre o sienta nostalgia de mi casa y de mis perros. Mientras tanto, las calles de la ciudad son una prolongación de mi prisión, las odiaré mientras no sea libre y tenga la mirada de los mochos fijas en mí, mientras Marcio no desaparezca.

La fila de pupilos transcurría por las calles bajo la mirada entre burlona y compasiva de los transeúntes. Sonreían piadosamente, sin darse cuenta, pensó Marcio, de que entre estos niños van los que mañana gobernarán la ciudad. Esto no se les pasa por la mente. Porque si fueran más advertidos tal vez suprimirían alegremente la causa de sus vidas oscuras. Nos dejan pasar benévolamente, cercados por nuestros cuidadores, aceptando tácitamente unos privilegios con la atroz creencia de que los tiranos no tienen infancia, persuadidos de que estos niños, llegado el momento, les perdonarán la vida. No desconfían de estas frentes tersas y altivas, bañadas por la inocencia, embellecidas por el bienestar. Nos tienen pena, ignorando que ése será el juez que enviará a sus hijos a la cárcel, que éste les negará un empleo, que aquél los reclutará y los hará morir en la guerra. ¡Oh!, lo mejor es huir, con o sin Julián. Si yo fuera mayor y más sabio, debería saber que este minuto de mi vida, en que el dolor me ciega, no es más que eso: un minuto fugaz en el mar de la vida. Debería saberlo si no estuviera cegado y no creyera que mi vida entera se halla concentrada en este minuto. Aún ignoro que el tiempo borra los rostros, que éstos se esfuman y confunden en la niebla amarillenta y sucia del pasado, que otros vienen y los reemplazan, y que esto que considero insustituible no es más que una vida de las vidas que tendré. Pero cuando lo sepa será demasiado tarde, habré muerto muchas veces y las vidas posibles me parecerán cada vez más arduas de emprender. Ahora soy joven y estoy equivocado, equivocado y confuso.

El circo se hallaba extendido en el terreno de un estadio. Sus tres pistas formaban otras tantas cúpulas de la carpa, sostenidas por altos mástiles en los que ondeaban gallardetes de colores. Los muchachos se situaron en los palcos que rodeaban la pista central. Julián recuerda que la expectación y el bullicio de sus compañeros lo llenaban de vergüenza. Esto era un signo de que rápidamente había adquirido el fastidio de un dios. No olvide que Julián había dejado atrás el mundo de la infancia y que equivocadamente se consideraba iniciado en los tristes pormenores humanos. Preparado sería una palabra más justa pues hasta ese momento todo se le había ido en desear. El hecho mismo de estar en el circo, a sus trece años, le parecía pueril y nada interesante. Contemplaba pasivamente los diferentes números, las fieras, los payasos, los

magos y antipodistas. Un enorme individuo dirigía el espectáculo: era el Gran Mihail, mezcla de muchas razas centroeuropeas, de bigotes tártaros y cráneo calvo. Julián se sintió impresionado: percibió en él el irreflexivo sabor del riesgo. La fanfarria había subido de tono y el gigante se aprestaba a anunciar el número acrobático de sus hijos: los Aguiluchos. Éstos aparecieron en el momento en que Julián observaba al hombre, estremecido por la fuerza que exhalaba, imaginando en cierta forma su universo, los viajes y mundos conocidos, en fin, el decorado de una vida extraña y peligrosa. Por eso no vio la aparición de los acróbatas ni oyó las palabras que los presentaban. Pero en un momento —fue un momento, pensaría más tarde— absoluto, porque yo lo necesitaba y me había preparado pacientemente para él —Julián apartó la vista: la dirigió de lleno a los dos esbeltos niños. Así consiguió su merecido: el muchacho era un duplicado fiel de Marcio —y suyo, por añadidura—, el mismo rostro, el pelo azabache, la mirada azul. Fue tal su desazón que se volvió hacia éste: lo vio absorto en la pista, fijando a su doble pero sin denotar el asombro de la semejanza. Porque, mire usted, parecerse a alguien en la infinita reproducción del rostro humano, reproducción irrepetible si no se trata de gemelos, ocasiona la misma inquietud que la presencia de lo monstruoso, de cuya naturaleza participa. Julián creyó en fantasmagorías, persecuciones y culpas; se sintió presa de un círculo vicioso que en ningún momento se le ocurrió achacar a la coincidencia. Felizmente en ese instante la vio. Y, ahora lo dice, en ese instante la vio para siempre. Es curioso observar cómo los seres acorralados por sí mismos, encuentran en las combinaciones del azar, la salida, real o imaginaria, que buscaban. Julián recuerda ese instante como una pequeña eternidad: la niña y el muchacho se toman de la mano y las levantan. Permanecen así, con los delgados músculos tensos bajo sus ajustados trajes de plata. Julián tiene tiempo para decidir, abrir las compuertas, sentir la inefable corriente que se desborda y fija en el rostro de la niña. No puede recordarlo bien: tiene la impresión de que mientras la miraba va sentía por ella la misma vehemencia que si la estuviera recordando, como si ese minuto hubiera pasado y no existiera su presencia sino el tormento agostado y rijoso de echarla de menos. Le pareció que en la turbia emoción que lo sacudía aparecía un desierto, un mar

que separaba y dejaba atrás con sus ilimitados laberintos, su vida anterior. La miró, la devoró, volando por el techo del circo, es decir, realizando la increíble proeza de existir separada de él. En resumen, Julián se enamoró, irreflexivamente sufrió el encuentro con alguien que se desea más que a uno mismo. A lo largo de ese interminable día había descubierto en él la dimensión del dios. Pero su reinado había sido corto. Derrotado, abismado, perplejo, comenzó a hacer un balance de sus sospechosas cualidades. Resultó un parvo recuento.

Marcio había captado su parecido con el acróbata. Pero tal como Julián, se distrajo del muchacho al observar la actitud transfigurada de su amigo. Lo vio buscar un programa, pedírselo al compañero del lado, repasa una a una las estampas de publicidad de los diversos números, impresas en azul, hasta que vagamente reconoció la figura de los dos hermanos, muy desdibujados, claro, pero así y todo, ellos. Debo aclararle que pese a la insolvencia e ingenuidad espiritual del personaje de esta historia, hablo de Julián, existía en él un rasgo de genio: me refiero a una larvada forma de fetichismo. Acaso él no lo supiera, pero prefería el símbolo a la realidad, la representación del mundo al mundo mismo. Todos sus errores venían de ahí, de la extravagante idea de amar la imagen o la figura que él tenía de lo deseado. Amaba entonces una parte de sí mismo, de hecho no accedía al mundo si no era por elipsis: era éste el que concordaba con él y no al revés: abominaba tener que sufrir lo real en cuanto acción de las cosas o los hombres. Sólo estimaba la alegoría de la vida que ya había vivido con la amada, el amor que lo había colmado, cerrado primorosamente con un nudo de rosa. Julián aborrecía la contingencia.

Hago este paréntesis para explicarle por qué era tan importante para él apoderarse del grabado del programa. De alguna manera, poseía una parte, la más importante de su objetivo. Esa noche, en el hotel, en medio de su exhuberancia y buen humor, Marcio lo miró absorberse sobre la lámina, sin saber discernir si el loco entusiasmo y las protestas de amistad que le dirigía se debían a una nueva postura frente a él, transformado en alguien importante por participar del aura desprendida por el muchacho acróbata, o por una benignidad repentina, resultado de la situación de desmedro en la que se hallaba. Ya verá más adelante cómo se hilvanan

perfectamente estos equívocos. Por un lado, Marcio se creyó súbitamente amado, aun cuando pagó en todo momento el tributo de la duda: él amaba demasiado para creer que tenía razón. Su angustia creció por el hecho de no saber el significado que la lámina de aquel programa tenía para Julián. Si el objeto admirado era el muchacho acróbata, debido al deslumbramiento que despierta el hecho de ser el centro de un espectáculo, era evidente también que esa devoción no tenía más destinatario que Marcio, convertido, mediante la semejanza, en alguien real y no sólo en un símbolo del remordimiento. Este mecanismo, deseado y forjado por Marcio, no es nuevo: la revelación amorosa existe, la centella, el velo rasgado. Pero su poca frecuencia hace que aquéllos que la imaginan sean, la mayoría de las veces, más dignos de conmiseración que de reclamo. Las dudas de Marcio, además, se intensificaban cuando recordaba las circunstancias de la huida. Pero es sabido el modo como un moribundo o un amante acepta la piedad aun conociendo la mentira que envuelve. Marcio se aferraba a la posibilidad de que por encima de todo podía deslizarse una carta de triunfo. Me quedaré aquí, se dijo, permaneceré aquí, tendido en esta cama de hotel, mientras lo veo hacer planes, mientras me abre su corazón y muestra esta repentina alegría, desbordante, que le excita los ojos y le colorea la piel. Yo, me lo ha dicho, soy y he sido su único amigo. Nunca había conocido la amistad. Se arrepiente de lo pasado pero debía comprender: tanto como a ti, el convento me parecía insoportable.

Es posible adivinar que las manifestaciones de Marcio referentes a una huida, aquello que le dijo a Julián durante la siesta, distaban mucho de ser resoluciones. Como todo desesperado, confiaba en que una firmeza de carácter lo hiciera crecer a los ojos de Julián. Por otro lado, era verdad que siendo hijo de un comerciante rico, disponía de mucho dinero, como suele ocurrir en las clases que confunden el refinamiento con la ostentación, tan diferentes de las viejas familias agrarias, a las que pertenecía Julián, para quienes la opulencia se halla mitigada por la reserva y, sobre todo, para quienes el dinero nunca constituye un tema oportuno de conversación. Esta diferencia pesaría mucho en la actitud que los dos muchachos tomarían en el momento de romper con la infancia. Antes, sin embargo, es preciso declarar, como le decía, que Marcio

arriesgó una balandronada al llegar y decirle a Julián que huiría del convento. Hay que comprenderlo ya que cualquier ardid para quebrar la resistencia de Julián le parecía bueno; también el hecho de escapar era a sus ojos lo bastante heroico como para causar admiración y, por lo tanto, merecer el derecho autónomo a la existencia. Ya conoce el triste resultado de ese ardid y la humillación que lo siguió.

Me aparté en el momento en que Julián siente que por fin concuerda el ideal de su cabeza y el rostro del amor, el objeto sagrado. Permaneció muy quieto, fascinado, escuchando la pequeña música orgánica que lo recorría, repitiéndose en silencio, es esto, es esto, y mirando el pobre grabado que lo reproducía. Porque nada he dicho aún de la belleza de Reina. Decir que era la réplica acabada y ambigua de su hermano es hablar de un rasgo de carácter demasiado profundo para ser advertido a primera vista. La belleza es piel, color, es movimiento; más aún, es una índole que se halla en la conjunción secreta de esos elementos. Contrariamente a otras bellezas, la de Reina estaba centrada en el detalle, en el acabado, por ejemplo, de cada miembro, cuya longitud superaba la armonía banal de la escultura para convertirse en la desproporción perfecta de lo que aún no está definido. Ese pequeño animal apetecible se movía con el ritmo exasperante de la savia. Es, se decía Julián, la imagen del reposo, un campo de hierba; es por lo menos, el revés de todo lo conocido hasta ahora. Impensablemente se dijo: no quiero mentir más, nunca más, quiero quererme para que me quieran.

Desde mi posición privilegiada de narrador, sé que a Julián apenas le faltaba un motivo o un rostro para llevar a cabo sus proyectos. No sabía en realidad adónde iría, ni si podría seguir al circo; tampoco se preocupó por las penurias que debería vivir. Todo eso entraba en los riesgos de la elección. Los detalles —incertidumbres, pobreza, enfermedades— constituían la dimensión que templaba heroicamente el futuro. Por esto, el hecho de salir del circo junto con sus compañeros le resultó un mero producto del azar. Él ya no estaba con ellos, se habían encontrado durante algunos años o segundos ¡qué importaba! para que ahora, cordialmente (pensó con indulgencia en las debilidades de Teodosio), se separaran y Julián caminara dueño de un sorprendente aplomo hacia el puerto, sin cuidarse de tomar

precauciones respecto de los vigilantes. Caminó, caminó al azar, y no se extrañó de esa libertad tan fácilmente conquistada. Era, desde hacía tiempo, su estado natural. Hasta se le ocurrió pensar afectuosamente en Marcio. Podría haber sido mi amigo, mi amigo, lo sé, sin que tuviera que echarlo todo a perder. Se creía autorizado a cualquier benevolencia. Incendiado, explotando, podría dar afecto, calor, riqueza, amistad, a todos los necesitados, a todos aquéllos que, contrariamente a él, no sentían la fuerza que lo colmaba. El futuro era ese minuto. Pero por la noche regresaría al circo.

La aglomeración de la salida le impidió a Marcio darse cuenta de la desaparición de Julián. Inquieto y al acecho, se dirigió al lugar de reunión, donde ya los pupilos formaban una fila. De inmediato notó que no estaba. Ni estaría. No se preocupó. Al contrario, supo que la huida de Julián lo arrastraba a una decisión que habría sido incapaz de tomar solo. Esperó con paciencia a que la fila de muchachos se pusiera en movimiento. Y, al igual que Julián, tomó sin temor una travesía que llevaba al puerto. Como Julián, ¿entiende?, como Julián. Por una vez el coraje los unía con una reacción similar. Tampoco Marcio se inquietó por el hecho disciplinario de su deserción. El coraje es un sentimiento tan infrecuente e inhumano que uno se pregunta si no es una índole divina que nos confunde. Yo no lo sé. Julián era valiente y estaba infectado por el descaro de sus lecturas. Pero Marcio no. Se habrá dado cuenta de su naturaleza medrosa, su actitud rebajada y disponible. Me pregunto cómo sopesó y resolvió la incertidumbre del porvenir, qué lo empujó hacia el valor, hacia, como le decía, ese gesto divino. Porque así como el valor es infrecuente, así también son raros los valientes y escasos los motivos de la valentía: el amor quizás, la ambición, el miedo. Nada más. Nuestros dos héroes pasaban por sobre los condicionamientos de toda una vida para buscar algo que los excusara delante de un empañado y vago reflejo de sí mismos. Es extraña ¿no le parece? esa búsqueda que desprecia la seguridad, despreciando con ello la propia vida. Yo soy joven aún pero dudo de que la edad me dé una respuesta convincente. Hemos construido un mundo, una cultura, para luchar contra esa inclinación. Y siempre aparecen Julianes y Marcios, decididos a todo, que nos desmienten. Es una lástima, ¿no cree?

La forma de caminar de Marcio era muy decidida. Antes de llegar al puerto, torció por una calle arbolada de acacias y entró en un hotel. No sabremos nunca si lo conocía o no. Hay un nivel de su vida que sospecho turbio, anterior a Julián, pero que prefiero eludir porque sólo el misterio, exento de explicaciones, es capaz de justificarlo como personaje. Solamente diremos que entró, que tomó una habitación doble, que pagó por adelantado, que declaró que esperaba a un hermano. Al mirar la cara de recelo del recepcionista, le confió que llevaba una gran suma de dinero. Prefería guardarla en el hotel. Su sonrisa de buen chico hizo el resto. Luego de aceptar un recibo acreditado, subió a su cuarto y se encerró con llave.

¿Por qué he hecho esto? se preguntó tumbado en una de las camas. Me encuentro aquí y es como si no hubiera llegado a ninguna parte. Estoy encerrado con llave. Nadie me busca. En el convento se limitarán a una espera prudente. Entonces ¿sé lo que hago en esta cama? Sí, busco a Julián, lo busco aquí, dentro de mí, esperando la voz, la hora de la voz. Puedo perfectamente encerrarme en este cuarto de hotel porque sé dónde encontrarlo. Pero debo esperar, buscarlo de otra forma, reconstruir su imagen completa, acechándolo con la imaginación. Después, cuando su forma me ocupe como un enorme parásito, iré y le tenderé una mano. Ven, le diré, partamos juntos. Aunque no seré yo el que vaya. No, no iré. No lo encontraré. Me limitaré a ponerme a su alcance. Cuando me vea, estaré ocupado con mis proyectos de viaje. Será él el que me encuentre.

Julián se sentó en un banco del paseo, frente al mar. Los barcos: recortes negros contra el rosa del atardecer, la bruma de fuego sobre el agua espesa. Sentía calor, un calor húmedo que subía desde esa agua. El calor, el bochorno, pensó, son enemigos de la dicha. Estaba cansado, después de dar vueltas y vueltas para consumir el tiempo muerto. Hasta ahora había vencido la tentación de volver al circo. Se imaginó escurriéndose entre los carromatos que había visto alrededor de la carpa, tratando de descubrir el que pertenecía al Gran Mihail. Habría sido un movimiento imprudente. Sacó el papel del programa, un burdo abigarramiento de tinta azul, y advirtió que algo de la emoción que la causaba la muchacha sobre el trapecio se transmitía a las otras figuras, a los payasos, a los magos. Este fenómeno se conoce como la radiación del amor y

Julián lo sentía con una gran violencia sentimental. Pero también estaba agobiado de calor, de cansancio, de hambre. Era inhabitual en él y los reconocía como señales de su emancipación. Tenía el cuello de batista ajado por el sudor y su traje de terciopelo, sucio y en desorden. Palpó las dos pequeñas monedas de plata en el bolsillo de la chaqueta y se dijo que con ellas no llegaría lejos. Decidió comer en alguna fonda del puerto.

Mientras tanto, en el hotel, Marcio había terminado de cavilar respecto de sí mismo. Decidió que debía ponerse en acción. La noche había caído sin aportar ninguna frescura y las calles, cuando salió, estaban empapadas por la humedad del mar. Cruzó dos avenidas antes de acceder al paseo enrojecido de flamboyanes, iluminado profusamente por los faroles a gas. Las terrazas estaban llenas de parroquianos y Marcio se sintió seguro al pensar que su dinero le abría ilimitadas perspectivas. Eligió una mesa junto a la vereda y pidió de comer. Luego sacó una agenda negra de su chaqueta y se dedicó a anotar los pasos futuros. Si no podía hallar a Julián por los alrededores, volvería al circo: estaba seguro de encontrarlo deambulando a la hora de la función nocturna. Además tendría hambre, escribió con un ligero y compasivo temblor de la mano.

Le trajeron cerveza, carne fría y ensalada. Cerró la agenda. Mientras comía, se asombró al pensar en su perfecta tranquilidad. Porque en verdad no había ninguna razón para creer que encontraría a Julián. Yo también me estoy dejando llevar por las coincidencias novelescas, pensó. Yo no soy un héroe pero tengo la fuerza necesaria para serlo. Miró hacia las otras mesas: rostros alegres o cansados, que hablaban con aspavientos o guardaban silencio. No reparó en que desde dentro del local salían gritos y que un sirviente se inclinaba sobre el mostrador para explicarle algo al individuo que atendía. Sólo cuando los parroquianos dirigieron la mirada al unísono hacia el lugar del conflicto, Marcio se dio cuenta de que sucedía algo anormal. El sirviente indicaba hacia un rincón exclamando que no era culpa suya, que el encargado debía comprender que no podía registrar a los clientes antes de servirlos. Entonces Marcio miró hacia el rincón, donde Julián pálido y estragado permanecía de pie con la servilleta todavía en la mano. Son tres monedas, gritaba el sirviente, y el señor no tiene más que

dos. La angustia pintada en la cara de Julián, empequeñecido por ese primer golpe, era conmovedora. Marcio lo contempló sin asombro, como si encontrarlo hubiera respondido a las leyes de la necesidad y no al carácter atroz de lo fortuito. Entonces se creció, supo desplegar las circunstancias que puede cambiar, encubrir o enaltecer el dinero. Vea usted, Marcio jamás había conocido la virtud; sí acaso la impronta subyugante del instinto. No creía en la perfección porque su universo o su odio se limitaban a lo justo. Por ejemplo, no se amedrentaba ante la idea de que Julián pudiera pertenecerle por razones ajenas al amor. Poseía la inofensiva moral de lo vivo.

Así, pues, saltó expedito de su asiento y se acercó al mesón.

—*Pardon, monsieur* —le dijo cortésmente al encargado— *, si je comprends bien, ce monsieur manque d'argent. Dite-lui qu'il est mon invité*.

El sirviente no podía creer a sus ojos la advertir el parecido entre los dos muchachos.

—*Oui* —le dijo Marcio—, *c'est mon frère*.

Con el rabillo del ojo había observado a Julián, su expresión de alivio al verlo, la franca sonrisa que le apareció en el rostro cuando él se volvió y se encaminó hacia su mesa.

—*Et bien* —dijo tranquilamente—, *ce sont de gens qui manquent de politesse*.

—Así que tú también… —dijo Julián sentándose.

—¿No te lo dije?

—¿Pero hoy…?

—Sí, hoy. *Garçon* —le dijo al sirviente—, *apportez-moi le diner à cette table. Veux-tu une bière?*

—Sí —dijo Julián.

—*Et une bière pour monsieur*.

—Me has salvado la vida, amigo —dijo Julián—, no sé qué habría hecho.

—Haber aceptado mi propuesta de esta tarde. Ahora está ocurriendo lo mismo pero con peores maneras.

—Sí, lo sé. Lo siento.

—No lo sientas, por favor. Nunca me ha dolido lo que me haces. Ni esta tarde, ni antes. Ni mañana.

—Eres un amigo —exclamó Julián con un repentino acceso de

emoción.

—No, no te equivoques. No soy tu amigo. Cualquier cosa salvo tu amigo. Lo sabes bien.

—Marcio, por favor, no comencemos.

—Yo no comienzo. Pero soy capaz de decir lo que siento. Es de lo único que soy capaz. Esta tarde te propuse algo, te propuse lo que tú quisieras, sin condiciones, sin obligaciones. No quisiste.

—Sí, soy un estúpido —dijo Julián bajando los ojos—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Antes que nada, cruzar Herzegovina, luego Montenegro, llegar a París.

—¿París? ¿Y tienes dinero?

—Sí, mucho dinero.

Julián guardó silencio y se refugió en su cerveza. Marcio podía escuchar sus pensamientos, lo veía maquinar a toda velocidad, sacando cuentas, diciéndose: ¿sin condiciones, eh? Veamos.

—¿Ya no quieres partir conmigo?

—Julián, eres tú el que no quiere partir conmigo. ¿Ya no lo recuerdas?

—Sí, pero no creía que tú quisieras realmente huir de la Maggiore.

—Yo he huido de la Maggiore, Julián. Y me voy a París.

—Por favor, salgamos. Vamos a caminar por el paseo.

—¿Por qué no tomamos un coche? Podríamos llegar hasta el faro.

—*Volontiers* —dijo Julián.

Marcio pagó la cuenta y se encontraron en la calle, caminando en silencio, no como los prófugos que eran sino con retraimiento y expectación. Julián reconsideraba todas sus posturas. Se dijo que había insultado gratuitamente a Marcio, que era un buen tipo, que no sabía cómo volver, sin dejar en ello la piel de su orgullo, a que las cosas se plantearan de nuevo en términos cordiales. Marcio, por su lado, estaba abierto a cualquier solución pero no se hallaba dispuesto a dar el primer paso. Ahora conocía su poder. Pararon un coche y le indicaron la dirección que debía seguir. Continuaron en silencio. Los cascabeles del caballo, la proximidad de Julián, el aire resbaladizo que desplazaba el vehículo y la noche estrellada en lo alto, produjeron en Marcio uno de esos estados que la memoria

consigna erróneamente como perfectos. No necesitaba conocer la solución del embrollo. Prefería la incertidumbre, dejarse llevar por el vértigo del desplazamiento.

—¿Cómo te escapaste? —preguntó Julián.

—Me salí de la fila en una esquina.

—Me gustaría ver la cara de los mochos.

—Por suerte el mío está enfermo —dijo Marcio.

—El mío no. Debe estar como loco.

—¡Hum! Mañana alertarán a la policía. Tomaré el primer tren.

—Marcio.

—¿Qué?

—Tengo que esconderme hasta que pueda salir yo también.

—Ven a mi hotel. Hay dos camas en mi cuarto.

—¿Lo dices en serio?

—Claro. Nunca te he mentido.

—Eres de veras un amigo. Gracias.

—¿Qué harás después?

—Había pensado engancharme en el circo.

—¿En el circo? ¿Por qué en el circo?

—Porque entre ellos pasaría inadvertido. Son bohemios.

—¡Ah!, es una idea.

—¿Lo crees así? ¿y si fuéramos juntos?

—¿Yo? ¿en el circo? No, yo quiero ir a París.

—Pero si iremos a París. Los circos recorren el mundo entero. En todo caso, siempre habría tiempo para dejarlo. Podríamos hacernos ricos en algún lugar lejano. ¿Te das cuenta? ¡Vamos! ¿Qué me dices?

Marcio lo miró a la luz de los débiles faroles a gas. El rostro en tres cuartos, el pelo en desorden agitado por la brisa, los ojos despejados. Esa situación comenzaba a enseñarle cómo se movía el corazón humano.

—No sé —respondió—. Habría que pensarlo. Estoy cansado, ¿y tú?

Julián no podía contradecirlo.

—Yo también —contestó—. Mañana, se dijo, es mejor esperar hasta mañana.

—Además es peligroso andar por la ciudad. Vamos al hotel.

Así fue como Marcio se encontró estirado en una de las camas

mientras Julián trazaba proyectos comunes, relacionados o no con el circo. Estaba transformado. Había puesto el programa sobre la mesa y de tanto en tanto lo miraba, con un gesto que trataba de ser natural, subrayando la ambigüedad de todo lo que se refiriera a Marcio y a él. No creo que esta actitud se debiera a un oportunismo dictado por la necesidad. Julián se encontraba trastornado por el pensamiento de Reina y esta emoción le daba la fuerza necesaria para arrostrar los inconvenientes. Esa noche también amaba a Marcio y creía poder hacer cualquier cosa por él. La vida se le antojaba fácil, casi pueril. Si por fin amo, se decía, ¿cómo el amor no va a tocar todo lo que toco? Además, veía a ese muchacho tan igual a él, tan lleno de amor como él, que el principio de identidad vaciló en su cabeza. Marcio era él con cabellos negros y lo imaginó amando como él amaba, amando a la etérea acróbata o amándolo a él ¿qué importaba? Él, Julián, podía amarlos a ambos y a todo el mundo. No había sabido comprender el amor de Marcio porque ¿cómo se puede entender algo que se desconoce?

Las dudas de Marcio se despejaron momentáneamente cuando, tras la larga perorata, Julián se acercó a la cama, se sentó a su lado y apoyó la cabeza en su pecho. ¿Era eso entonces?, se dijo. He estado aquí, guardando silencio, tendido en esta cama, mientras escuchaba a Julián haciendo planes, mientras me abría su corazón y me mostraba su desbordante alegría, excitado, con los ojos brillantes y la piel coloreada. Me ha dicho que soy su amigo, su único amigo y que se arrepiente de lo pasado. Era el muchacho acróbata entonces. A través de él halló la revelación. A través de él ¿he encontrado mi dicha?

Por primera vez la ternura presidió el acto de amor. Se desvistieron lentamente, encontrando en la simetría de sus cuerpos iguales una forma lúdica de soledad. Nada más que el amor, cualquier amor, importaba, esa ternura que los hacía llorar y buscar uno en el otro los recovecos por demás conocidos, la misma piel, el mismo rostro reflejado. Marcio temió que la parte puramente sexual despertara en Julián la violencia y el rencor habituales. Pero usted sabrá que Julián, además de un acto onanista, además de contemplar el deseo de Marcio, que él comprendía porque era el mismo Julián deseándose, estaba poseyendo a la muchacha amada. Los espejos reenviaban imágenes dobles y el soberbio deseo hacía el

resto. Los escarceos agotaron la noche. Cuando alcanzaron el reposo, lo hicieron al unísono, como para enfatizar aún más la significación de tanta simetría. Uno junto al otro, casi desmayados, permanecieron un momento, sin hablar. Después, al clarear el día, Marcio prometió tentar suerte con el circo.

Capítulo Décimo

El poder de Marcio no era otra cosa que su debilidad. Como siempre había ocurrido a lo largo de diez años, su actitud en esta ocasión se limitó a dejarse arrastrar por las emociones de Julián, permitiéndole a éste la tarea de descubrir una verdad que debería echar por tierra todo el armazón de su vida. Días antes, Julián le había confiado un sueño sobre su infancia. La tremenda ingenuidad, puesta al desnudo por el aislamiento con que Marcio fue cercando poco a poco la existencia de su amigo, hizo que Julián incurriera en imprudentes revelaciones. Deseaba volver a aquello que había perdido, ver a su madre, su casa, en una palabra, reclinarse sobre un pasado que lo dejara libre de la opresión en la que lo había puesto su propia mentira. No es fácil reconocer los fracasos, sobre todo los primeros: ese reconocimiento lleva implícito el incómodo trabajo de rehacerlo todo. Marcio lo había escuchado con atención pero sin otorgarle a esas confidencias más importancia que la de la anécdota. Supo sin embargo que estaba cerca el irreprochable momento de su triunfo. La causa no era difícil de entender pero hasta ese momento la obstinación de Julián por simular una felicidad junto a Reina había sido perfecta. Por lo tanto, el diálogo escuchado desde la cama y la escena que lo siguió, le confirmaron sus sospechas más felices. Por primera vez vio a Julián desesperado.

Incorporándose con un codo sobre la cama, fue testigo del derrumbamiento del que hasta ese instante había sido el único motivo de su zozobra, lo vio llorar con el abandono del niño que había vuelto a ser. Pero es arduo encontrar las palabras de consuelo que procura el triunfo. Uno se pregunta si ha valido la pena, si las intrigas y el cálculo fueron en realidad un precio merecido. La mejor virtud de un hombre joven es su inclinación a la duda.

Aunque vivir se convierte en una razón tan poderosa, que la moral, y por lo tanto, la reflexión de los actos, no tiene oportunidad de imponer su punto de vista. Quiero ahorrarle detalles sobre ese instante de la vida de Marcio. No es posible describir la felicidad cuando se la siente por la primera vez. Es incluso vergonzoso hacerlo. Puesto que esa emoción perfecta se banaliza enfrentada a la felicidad cotidiana de los demás. Yo trato de comunicarle lo excepcional y a lo más llego a salpicar mi relato de sentimientos que todos creen compartir. Fue esta creencia en lo extraordinario que llevó a Marcio a mostrarle a Julián una parte de su juego. He aludido ya al accidente que le costó la vida al hermano de Reina. Pero deliberadamente no le he hablado de sus causas. No creo que me haya empujado un ánimo vulgar de suspense. Me he limitado a reconstruir con sus vacilaciones y lagunas el camino espiritual recorrido por Reina, Julián y Marcio. He escuchado esas voces consignándolas en el momento en que han sido proferidas y no antes.

Marcio miró a Julián desbaratado por la verdad de su satisfacción y creyó su deber no ser menos despreciable. Le contó, entonces, con los dedos enredados en el pelo de él, acariciándolo como a un niño, que él mismo había causado el accidente de Mischa. Por un motivo simple: Julián no había captado en su verdadera dimensión la simetría de los tres parecidos, el confuso ambiente que producían, tanto por su semejanza como por su diversidad. El trabajo de tramoyista había facilitado las cosas. Él pudo así, sin que ni el público lo advirtiera, reemplazarlo en el trapecio; pudo salir del oprobio de una identidad disuelta en tantos reflejos que ya no lograba conocer cuál era de verdad el suyo. Por eso trabajó hasta lograr el virtuosismo del trapecio y hasta hacerse, a su vez, irremplazable. Esos años previos a la apoteosis de Reina, Marcio los había vivido en la sombra, siendo a lo más el espectro de un hombre, sin preocuparse de si la vida le deparaba algo más que un perfecto fastidio. Sabía que el rencor es más duradero que cualquier pasión y que sólo la paciencia lo calma. Esos años, lo sabe, fueron el crisol que pulió y elevó el sentimiento por Julián hasta el desatino. El rostro, el cuerpo, la voluptuosidad recordada de su amigo le llegaron a parecer las únicas medidas aceptables de un mundo que se volvía loco todos los días. Él se preguntaba por las

noches: ¿Qué se puede esperar del amor correspondido?, en cambio, aquí, separado de él, puedo imaginarlo como sólo el deseo sabe hacerlo. Así pasaron los años, con algún que otro acceso de debilidad por su parte, en medio de los cuales la huida o la muerte le parecían salidas razonables. Durante ellos, Marcio terminaba intentando un acercamiento, acercamiento tan condenado al fracaso que si por algún capricho de ese asombroso dios que llamamos azar Julián hubiera optado por acceder, él no habría sabido cómo desandar el *faux pas* realizado. Era debido a su capacidad de odio y de rencor, a la vez alimento de su pasión y muro que contenía cualquier idea de felicidad futura, que la suavidad, las sensaciones aéreas del pelo de Julián, el furor de sus ojos y el recuerdo de las antiguas violencias, mantenían su vigencia exacta, la categoría de ser algo más que simples cualidades de Julián para convertirse en el espíritu mismo de Marcio.

Los que pretenden, como yo, recordar las partes centrales de un drama, sobre todo del drama más incomprensible de la vida humana como es el amor, se ven desbordados por la acumulación de pequeños pormenores que agitan y en el fondo definen a los personajes que lo viven. Eso se escapa: la duración de una palabra en el oído, el velo pálido del amanecer, el sudor del verano. Un enamorado como Marcio y un desaventurado aventurero como Julián tienen presente más que nadie la sombra de la muerte. Son suicidas por definición y si no llegan al acto, si la desesperación de uno y el tedio del otro no los arrastran más allá de sus propósitos inmediatos, es porque la audacia es menos frecuente de lo que creemos. Usted se reirá de mí cuando me atrevo a llamar drama a este confuso desbordamiento de la emoción y de la sexualidad infantiles. En realidad no fue un drama, aunque como en este caso, todo drama necesite de una confidencia. Marcio, persuadido por una fulminante intuición de que había dejado de amar a Julián, sólo pensó en decirlo todo. Para él, el hecho de quedar en pie junto a las figuras rotas de los demás personajes, le otorgaba una gratificante altivez. Entre dos adversarios que luchan a muerte, y ellos eran adversarios porque finalmente todo admirador es un enemigo en potencia, Julián se había movido precisamente hacia donde el golpe de Marcio lo esperaba. Éstas fueron algunas de sus palabras:

—Tu verdad no me asombra. La conozco hace mucho, mucho

tiempo, desde el convento. Y no llores porque no eres el único en tener secretos. Yo me deshice de Mischa y la ejecución de ese acto no ha sido ni con mucho un drama capital. El único hecho importante que me ha sucedido has sido tú. Por favor, no me interrumpas porque no tendrá ningún valor, no modificará en nada el estado de cosas. Yo te he amado sin reservas y tú no. Éste es un hecho contra el cual ya no lucho. Pero de lo que se trata aquí nada tiene que ver con el amor. Siempre te he causado una aversión sin límites pero sólo conmigo has encontrado la sumisión de esa sensualidad que creías te convertiría en héroe. Julián, Reina no es una princesa sino una pobre *bohemienne* prendada, como de alguna forma lo he estado yo, de tu capacidad para no sentir nada. Lo he sabido siempre; el día que nos escapamos del convento, cuando me necesitaste para llevar a cabo tu plan; al día siguiente, cuando arreglé a fuerza de sobornos el que nos aceptaran en el circo; y después, cuando sostuve sin descanso nuestra posición dentro de él. Todo lo hice, salvo una cosa ¿recuerdas?: me negué a aceptar que montáramos el número de los trillizos aéreos. No lo acepté, en primer lugar, porque no éramos trillizos, luego, porque nuestra semejanza dependía de fuerzas ajenas a la biología y era la parte mágica e incomprensible del encuentro. Tú, el hermano de Reina y yo, vestidos y uniformados por el traje y las luces, habríamos perdido las pocas diferencias que, por lo menos en lo que me concierne, hacían de nosotros seres dignos de ser amados, odiados o desdeñados, pero nunca igualados. Por encima de todo yo tenía que salvar mi vida, es decir, distinguirla de la de ustedes dos. Tenía que darle un relieve, incluso a costa de la desaparición de los que se disputaban el mismo semblante. ¿Semblante para quién? ¿para quién era el semblante, Julián? ¿quién estuvo en el origen, quien lo reemplazó, quién lo heredará en el futuro? Es más, ¿quién los reúne a todos y los potencia? Ella, Julián, Reina. Y aquí estamos, luego de esta fatigosa partida de ajedrez, con tu rey condenado e inmovilizado por mis peones. Partirás, Julián, y no porque yo lo quiera, sino porque has visto que la pieza ha caído y porque es una determinación exclusivamente tuya. Has abierto los ojos y sabes que no hay lugar para ti. Deseas el pasado, el mundo de tu infancia, pues acaso es el último trozo de verdad que te queda. Todo lo demás hubiera sido una hermosa ficción de no existir yo. Pero yo

existo y estoy vivo y he quedado como la única alternativa, el único personaje. Ya no te temo porque ya no te amo: te he llevado a constatar por ti mismo tu mentira, esa muerte que miraste de reojo mientras fuiste capaz de eludirme. Pero siempre supe que pasarías por el lugar donde yo te estaba esperando. Me impacienté, claro, muchas veces. Estos diez años no han sido felices. Si Reina discurriera, vería que han sido tres los rostros que se la disputaban: uno, el de su hermano, por la sangre; otro, el tuyo, por el amor; finalmente el mío, por las particularidades y las astucias del cálculo.

Así, las cosas están muy ceñidas. No tienes elección. Ella se quedará conmigo porque he logrado reunir los rostros dispersos del ser único que la merecía.

Como imaginará, el discurso de Marcio se extendió a todo lo largo y lo ancho de una explicación muy simple: la composición de un rostro no depende de las líneas de ejecución sino del mayor o menor poder con que se lo imagina. En lo que a Marcio se refiere, le fue relativamente fácil simular una inclinación por Reina que en alguna medida era real por aquello de que el amor, al formar cadenas y espirales, salpica con su materia a todos los implicados. Además, era indudable su desamor por Julián. Sólo la eventualidad de la posesión final de Reina era un fraude pues luego de haber desarrollado tan aritméticamente los pasos de la contienda, no sabía qué iba a hacer con el trofeo. Julián había dejado de llorar a medida que las palabras de su amigo tejían la cuerda que lo ataba. Al principio tuvo una reacción de ira, rápidamente atemperada por la evidencia que surgía desde el fondo de sí mismo. Luego sólo hubo lugar para la resignación y la obediencia.

—Debes partir, Julián. Ahora. Durante la función pasarás por mi carromato. En el *cabinet* encontrarás un sobre con tu nombre escrito hace mucho tiempo. Contiene el dinero suficiente para tu viaje.

Esta historia, imaginaria y banal como ve, sucedió en el corazón de un hombre, en una época tan lejana que la memoria ha hecho de ella un ejemplo de desproporción. Se la he contado a usted con un afán moralizador, como todas las historias antiguas. Después de la desaparición de Julián, las cosas sucedieron mucho mejor de lo que Marcio temió e imaginó. Se convirtió en el rey del circo. Tuvo hijos

de Reina. Olvidó un pasado destinado al olvido. Es decir, olvidó felizmente el amor, la pasión por una forma eminente de muerte, tuve que contentarme con lo único que Reina podía darme: hijos de rostros definidos, sin ansias de morir, sin inútiles aspiraciones a ofuscar la identidad del retrato. Ahora le ruego me disculpe la supercherría. Pero era la única forma de contarlo. Estoy cansado. Tomemos café.

Calaceite, «Lapérouse», agosto de 1980.



MAURICIO WACQUEZ (Colchagua, Chile, 1939, Alcañiz, España, 2000). Se licenció en Filosofía en la Universidad de Chile y prosiguió estudios en la Sorbonne, donde se graduó con una tesis sobre el lenguaje en San Anselmo. Ha ejercido la docencia, entre 1963 y 1972, en la Universidad de Chile, la Sorbonne, la Universidad de La Habana y nuevamente en la de Chile. En 1972, se traslada a España, donde reside desde entonces.

Es autor de dos libros de relatos, *Cinco y una ficciones* (Chile, 1963) y *Excesos* (Chile, 1971), y de tres novelas: *Toda la luz del mediodía* (Chile, 1965), *Paréntesis* (Barcelona, 1975) y *Frente a un hombre armado* (Barcelona, 1975). Ha realizado, además, numerosos estudios de investigación literaria y filosófica.

Notas

[1] Mediana edad, recargado de maneras y joyas, mi interlocutor irradiaba opulencia, pero era demasiado elegante para ser refinado. Ciertos matices de su sintaxis y un pequeño acento delataban al extranjero. Aunque lo que de verdad impresionaba era su distraída fatiga de trotamundos. (N. del A.) < <

[2] Aquí mi desconocido interlocutor hizo un gesto de impaciencia, miró la lejanía de la playa y se calló. Me confundía el lirismo de su lenguaje. Sentía sed. Para distraerlo de su emoción, ordené que nos trajeran bebidas. Estaba anocheciendo. (N. del A.) < <

[3] Durante la comida permaneció en silencio. Su cansancio era visible. No obstante, cuando terminamos y él hubo tomado varias pastillas de colores, volvió a mostrarse animado. (N. del A.) <<

[4] No creo habérselo oído. El comportamiento de Julián me parecía anacrónico, pero he ahí que su metamorfosis no seguía el tránsito realista de mis personajes habituales. Confieso que lo miré con asombro y me sentí viejo, sobrepasado por el estilo moderno. (N. del A.) < <